



Los Cuentos del Agua



Por Jesús Alvarado-Flores



CONACYT



CICY

Los Cuentos del Agua

D.A.R. 2022. *Los Cuentos del Agua*. Jesús Alvarado-Flores y Centro de Investigación Científica de Yucatán, A.C. (CICY).

Esta obra debe citarse de la siguiente forma:

Alvarado-Flores, J. (2022). *Los Cuentos del Agua*. Centro de Investigación Científica de Yucatán, A.C. Mérida, Yucatán, México.

La reproducción o traducción de esta obra requiere el permiso escrito de la institución que lo edita. Pueden reproducirse sin autorización pequeños fragmentos del texto y figuras aisladas, siempre que se den los créditos correspondientes.

© Centro de Investigación Científica de Yucatán, A.C.
Calle 43 #130 x 32 y 34, Col. Chuburná de Hidalgo.
C.P. 97205, Mérida, Yucatán, México. Tel. (999) 942-8330.

Centro Público de Investigación del Sistema Conacyt.

ISBN: 978-607-7823-47-6

Primera edición: marzo de 2022.

Coordinador editorial: Julio César Domínguez Orta.

Cuidado editorial: Gabriela Herrera Martínez y Miguel Gibrán Román Canto.

Diseño editorial: Norma Marmolejo Quintero.

Ilustraciones: Mariana Díaz.

Impreso y hecho en México.



Los Cuentos del Agua

Por Jesús Alvarado-Flores

Unidad de Ciencias del Agua (UCIA)
Centro de Investigación Científica de Yucatán, A. C. (CICY)
Calle 8, No. 39, Mz. 29, S. Mz. 64, C. P. 77500.
Cancún, Quintana Roo, México

jesus.alvarado@cicy.mx

Tel: +52 (998) 211 3008, Ext. 122

Acerca de Los Cuentos del Agua

El agua es el recurso más importante para la vida en el planeta, permite la existencia de microorganismos acuáticos esenciales para el adecuado funcionamiento de los ecosistemas.

La Unidad de Ciencias del Agua (UCIA) del Centro de Investigación Científica de Yucatán, A.C. (CICY), tiene como objetivo principal investigar la función de los ecosistemas acuáticos y, a través de este proyecto de divulgación científica, pretende generar interés en la sociedad en torno a los estudios del agua.

La búsqueda de la especie ancestral es un enigma. Los indicios de ella están escondidos en los ecosistemas acuáticos. Todos los seres vivos evolucionamos a partir de una especie ancestral y divergente que no es de aquí, sino proviene de otra parte del universo y que llegó a nuestro universo, a nuestro mundo y a *Los Cuentos del Agua*, textos que forman parte de las *Aventuras Zooplanktásticas®*, imaginario creado por el Dr. Jesús Alvarado-Flores.

Las primeras cuatro historias forman parte del inicio del *Universo Zooplanktástico* y tienen el objetivo de, a través de una forma lúdica, didáctica y divertida, impactar positivamente en la sociedad y generar un empoderamiento ecológico para alcanzar la sustentabilidad hidrobiológica en la península de Yucatán.

Acerca del Autor

Jesús Alvarado-Flores es profesor investigador y Catedrático Conacyt adscrito a la UCIA del CICY. Ahí realiza estudios ecológicos relacionados con la biodiversidad del zooplancton y el desarrollo de bioindicadores de contaminación ambiental.

Dedicatoria

A mi esposa y mis dos hijas, quienes me inspiraron para crear los personajes del *Universo Zooplanktástico*.

Agradecimiento

Especialmente a los estudiantes y colegas de la Unidad de Ciencias del Agua del CICY. Al equipo de trabajo del Departamento de Divulgación y la Oficina de Protección a la Propiedad Intelectual del CICY, así como al equipo editorial de Palabras Project (www.palabrasproject.com): J. Adrián Garfias López, Roselia Medina y Nay Ordóñez, por el servicio de una primera versión de edición y corrección de estilo. También agradezco al programa Talento CICY y al proyecto Cátedras Conacyt #2944.



Introducción

En el *Universo Zooplanktástico* están desapareciendo los microorganismos acuáticos. Para encontrar el motivo, un grupo de exploradores, investigadores, técnicos y estudiantes se organizan para conformar un equipo de investigación. Juntos siguen el rastro de una especie ancestral que los podría ayudar a resolver el problema de la extinción de especies.

Esta primera parte de la serie *Los Cuentos del Agua*, narra el inicio de las aventuras del equipo de investigación y su búsqueda de especies en el *Universo Zooplanktástico*.



Parte 1

En busca de la especie ancestral

- 9 El Laboratorio de Ecotoxicología
- 14 Ariel en la selva de Calakmul
- 19 Cacao con menta
- 24 Las aventuras de Ely e Ícaro

Parte 2

La conformación de un grupo de investigación

- 37 Bitácora de investigación
- 40 Seis relatos de terror sobre los estudiantes de laboratorio de Ecotoxicología
- 43 La «chica con el tatuaje de la luna» y la «chica con la sustancia oscura»
- 46 La «chica policía» y el detective «cabeza de muñeco»

Parte 3

Universo Zooplanktástico

- 57 Ariel en las lunas de Júpiter
- 61 El laboratorio interestelar
- 66 El algoritmo de hibridación
- 69 Viaje interestelar

Parte 1

En busca de la especie ancestral



El Laboratorio de Ecotoxicología

En las instalaciones del Laboratorio de Ecotoxicología, perteneciente a la Unidad de Ciencias del Agua (UCIA) del Centro de Investigación Científica de Yucatán, A. C. (CICY), se realizaba una investigación relacionada con la desaparición de especies acuáticas de la selva de Calakmul, localizada en Campeche. El último evento catastrófico cercano a la zona fue un colapso ecológico en la laguna de Chakanbakán, en Quintana Roo; el 25 de agosto del 2018 desaparecieron cientos de especies. Los últimos análisis realizados por el grupo de trabajo de Hidrogeología y Ecología de la UCIA, indicaban que el evento tendría repercusiones en el medio ambiente.

Esa noche en el laboratorio, la luna en su cuarto menguante iluminaba misteriosamente los pasillos del edificio.

—Hola, doctor. ¿Cómo está hoy? ¿Qué hace aquí tan tarde? —cuestionó Miguel, quien llegó de improviso al laboratorio donde estaba el doctor terminando de almacenar los viales con quistes de las especies recolectadas ese día.

—¿Qué haces tú aquí, Miguel? ¿Cómo entraste al laboratorio?

—Tengo llave, ¿lo olvidó? —contestó un tanto extrañado.

—Tienes razón. Lo siento por olvidarlo, pero dime, ¿qué te trajo por aquí? —inquirió nuevamente.

—Vengo por la memoria externa, necesito los datos del último análisis que hicimos. Ahí descargué toda la información de los índices de supervivencia de las especies que están creciendo dentro del biorreactor.

—Muy bien, llévatela. Pero antes de hacerlo, ¡observa Miguel! ¡Mira por el microscopio! Ahí, en el fondo de la caja de Petri, se encuentran quistes que Ariel y yo recuperamos hace muchos años de la selva de Calakmul.

—¡Están increíbles! —exclamó asombrado Miguel.



— Esa información data de hace más de 33 años. En ellos se encuentra la clave de lo que ocasionó la extinción de tantas especies acuáticas. Si observas detenidamente, notarás que la mayoría de los quistes están eclosionando. Lo más fascinante de todo es que podemos estudiar a fondo y con precisión, qué ocurrió hace más de tres décadas

— dijo el doctor con gran entusiasmo y pasión.

— Pero ya es tarde, Miguel. Perdí la noción del tiempo. Toma lo que necesitas y vámonos. Estoy a punto de cerrar el laboratorio.

— Estoy listo, tengo todo lo que necesito. Ya podemos irnos, doctor.

— ¿Qué hora es? — le cuestionó un tanto distraído.

— Si mi reloj no falla, las nueve de la noche.

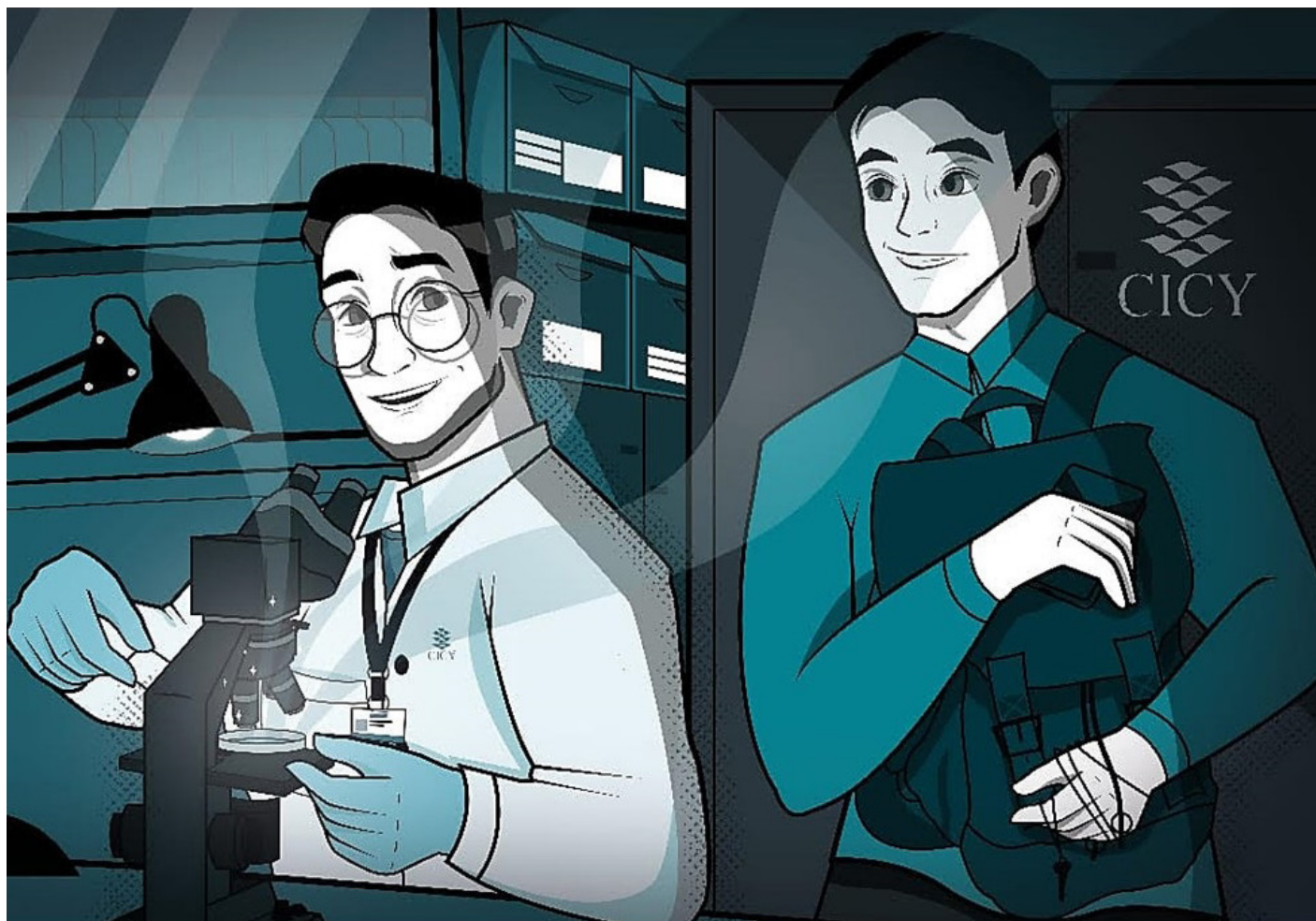
— Miguel, ¿sabes si ya cerraron la cafetería?

— Creo que no me puso mucha atención. Es muy tarde y ya no hay nadie en las instalaciones.

— Lo siento, tienes razón. Estoy algo distraído.

— ¿Tiene hambre, doctor?

— Un poco.



—Si lo desea, puedo llevarlo a cenar algo.

—¿A dónde? —lo cuestionó un tanto obligado para no parecer descortés.

—No lo sé. Se le nota algo cansado. Si le parece, lo llevo de inmediato a su departamento.

—Sí, Miguel, es lo mejor. Vámonos.

Mientras ambos pensaban, cada uno en sus compromisos, algo raro estaba ocurriendo esa noche y ninguno lo percibía.

—Doctor, hoy en particular se encuentra algo distraído —se animó por fin a decirle con un tono de preocupación.

—Lo sé — hizo una pausa en ese instante y agregó—, es por los quistes. Serán muy importantes para nuestra investigación, mañana cuando eclosionen.

Miguel insistió una vez más:

—¿Seguro no quiere cenar algo antes de llegar a su departamento?

—Gracias, pero ya comí algo hace un par de horas, ahora que recuerdo —respondió cortésmente el doctor.

Miguel carcajeó un poco burlesco:

—Siempre actúa de la misma forma cuando algo

le atrapa. Sus pensamientos se abstraen y olvida todo a su alrededor. Mejor lo llevo a su destino.

—Gracias, Miguel —contestó con un tono nostálgico.

Así salieron rumbo al departamento del doctor. Algo raro ocurría y nadie lo notaba...

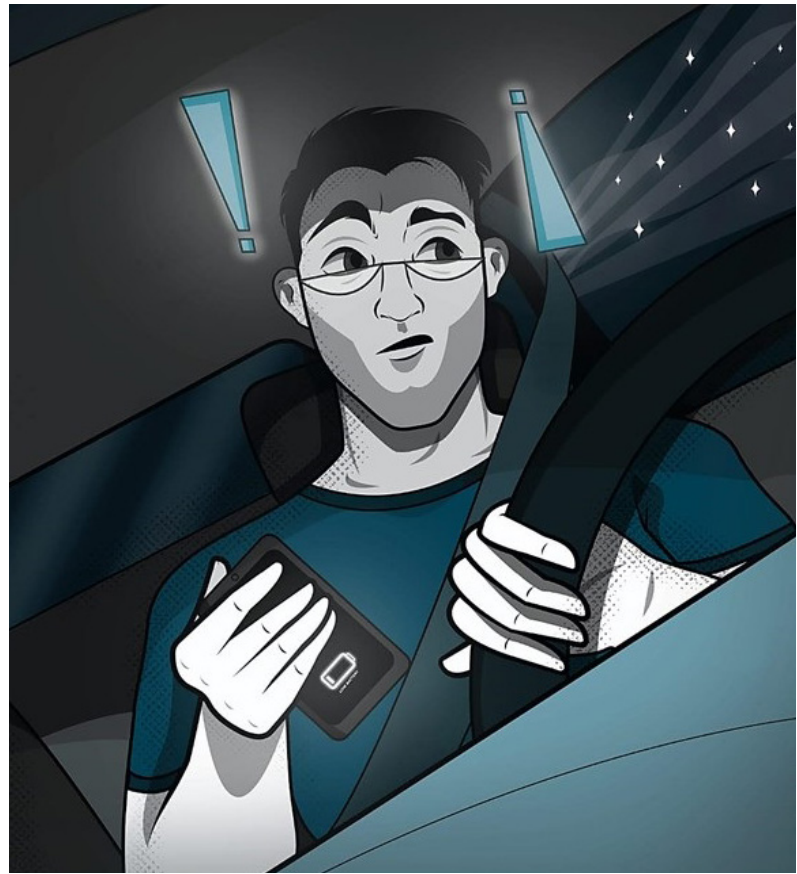
—Doctor, hemos llegado —le repitió insistentemente en dos ocasiones, debido a que seguía distraído.

—Cierto. Muchas gracias, Miguel. Mañana nos vemos a la misma hora en el laboratorio. Hay muchos datos que extraer de los organismos. Tenemos que saber por qué se extinguieron las especies acuáticas de la selva de Calakmul.

—¡Vaya que sí! —respondió Miguel. Luego de despedirse, se fundió en la oscuridad de la noche como una sombra que no encuentra la luz para ser reflejada.

Ya en su departamento, el doctor se acordó de Ariel y pensó en lo dedicada que era en su trabajo de campo, en lo valiente y aventurera que era al decidir quedarse otro día más en una comunidad cercana a la selva de Calakmul, lugar donde pretendía encontrar una especie ancestral para después retornar a su planeta de origen y concluir su trabajo de tesis.

Mientras tanto, en el otro extremo de la ciudad durante la noche fantasmagórica, José, el técnico del Laboratorio de Hidrogeología de la UCIA, manejaba su automóvil por las calles; comenzaba a verse una extraña niebla espesa. No era consciente de que en un instante se modifica el destino, de que las acciones que decides hacer, en ese momento modifican el rumbo de la historia.



José iba a encontrarse con Ariel, la joven de intercambio que realizaba una estancia en el laboratorio. De pronto, sintió un horrible escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Estaba a punto de arrollar a dos jóvenes que iban en bicicleta. Por fortuna, fue muy hábil y se detuvo a tiempo. Los incautos ciclistas, un tanto asustados (pero contentos), le regalaron una intrigante sonrisa y siguieron su rodada nocturna hacia su destino. El de José estaba por tomar otro rumbo.

Después de recuperar la calma, reflexionó el extraño hecho de que dos jóvenes anduvieran en bicicleta así de lúcidos en ese horario. «Algo conspiraban», pensó brevemente. Tras el contratiempo, se estacionó cerca del sitio donde había acordado encontrarse con Ariel.

«¡Ya se tardó! De hecho, ya debería de estar aquí», se decía preocupado. «¿Y si le pasó algo y quiso contactarme? ¡Ay! Y yo sin carga de batería en el celular. Le voy a llamar desde ese teléfono público de la esquina».

Buscó unas monedas en sus bolsillos; al fondo de uno, lleno de papeles, migajas, polvo y otras cosas, las encontró, pero no recordaba el número telefónico de Ariel. Decidió entrar al restaurante donde cenarían esa noche, y así, conectar su celular a la corriente eléctrica para intentar contactarla.

Pasaron noventa minutos desde la hora acordada. Ariel no llegaba y tampoco respondía las llamadas de José, quien, rendido en la mesa de La Utopía, estaba muy impaciente. Decidió ir a buscarla al laboratorio. «Tal vez siga allí», se decía mientras manejaba por las calles desiertas. «Las salidas de campo conllevan mucho trabajo

de etiquetado y hoy regresaba de su expedición en la selva de Calakmul», pensaba para tranquilizarse de camino a la UCIA.

Al llegar, todo estaba oscuro. Solo los pasillos se iluminaban por la luz de la luna; nadie estaba ahí. Incluso los gatitos de la Unidad habían desaparecido. «¿Qué habrá pasado? ¿Dónde está Ariel?», pensaba José. «Le voy a marcar al doctor. Espero que no sea muy tarde», pensó finalmente.

No obtuvo respuesta a los intentos de llamada. Por ende, decidió investigar y telefoneó a todos los del grupo de trabajo del laboratorio, pero otra vez, nadie contestó. Obvio, era de madrugada. Realmente, muy tarde.

José estaba desesperado y, en un arranque de frustración (pero de atino), se dirigió sin dudarle a buscar a Ariel a su área de estudio, a la selva de Calakmul.



Ariel en la selva de Calakmul

Desde una ceiba, un sosegado jaguar le gritó a una niña que deambulaba perdida en la noche de la selva de Calakmul.

—¡Tú, niña! ¿Qué haces aquí? ¿Acaso a prueba estás? —dijo sorprendido el felino por la extraña presencia—. ¿Escuchas el viento? Saca tu carácter y se feliz; sonríe para verte en esta oscuridad. ¿Te gusta beber el tiempo en un vaso de tule? ¿Usas una pipa y un pomo para orar? Sé que por las noches nutres tu ser —le susurraba el gatito a la niña mientras la rodeaba—. Mejor, sube a un bote y toma el mástil, sigue un lustro y llora al llegar. Aquí el frío es fino, entonces necesitarás una felpa. Después, tira el ancla y baja, aún a pie hay que andar.

Ella, un poco asustada, pero con valor, no dejaba de hacer contacto visual con el animal.

—Al llegar ahí, antes de todo, tu alma y un arma carga, pues la gruta no es de fiar —le advertía a la jovencita.

El jaguar no dejaba de dirigir en tono poético y

un tanto profético todas esas palabras a la niña, cuyo nombre era Ariel y estaba perdida en la selva por infortunio. Este, continuó hablándole:

—¡Niña! De ahora en adelante, a prueba estás. ¡Toma tu pelo, se puede atorar en el ramal! Sigue el rastro bruto del bicho por el borde del lodo con tu lupa. Con calma anda, las ramas pueden rasgar tu piel. ¡Corre si un búho ves! —le advirtió—. Quieta, la luna ahí en la noche bebe tu miedo y un búho sigue tus pasos. ¡Quiere tu cuerpo! Su canto es necio y, si por error, su canto te es dulce, ¡corre!, pero espera el alba para continuar tu andar —concluyó el pequeño felino.

Por fortuna para ella, transcurrió la adversa madrugada. La fantasmagórica penumbra fue una fotografía ininteligible. Ariel, irresponsablemente terminó perdida en una terrorífica selva. Su visibilidad mejoró al amanecer. Junto a ella, el gatito dormía recargado en su mochila.

Recostada, observaba la timidez de los árboles, sin duda, extraordinaria; entre los espacios figuraba la configuración de aquel laberinto en



el que se hallaba. Imaginaba todos los posibles caminos que debería explorar para salir de ahí. De vez en cuando volteaba a su mirada hacia donde seguía dormido el felino. Entonces, un estremecedor golpeteo se escuchó encima del follaje. Su acompañante por fin despertó, ronroneó y acicaló su cuerpecito sobre ella. Una vez más, le habló:

—Debemos continuar, Ariel. ¡Levántate! Hay peligros en la selva y lo peor es permanecer estáticos.

La joven, acompañada por el pequeño animal, caminó por la selva durante toda la mañana. De repente comenzó a lloviznar y tuvieron que detenerse. El petricor fue su almuerzo, la hojarasca su asiento. Junto a las raíces de la ceiba se resguardaron.

Ariel y el jaguar, echados en lo fresco del musgo, pensaban en su suerte. Ella recordó las frases que su madre le decía todos los días: «La suerte, hija mía, se construye. Hay que estar ahí cuando las oportunidades se presentan. No son casualidades, sino causalidades de las acciones que hoy decides hacer».

«Tenía tanta razón», pensó Ariel mientras hacía la observación de que la llovizna se había detenido.

—El viaje debemos seguir —dijo el pequeño gato.

Se sacudieron toda la suciedad de la ropa y pelaje, para refrescarse tomaron un poco de agua estancada en una bromelia. Antes de partir, él subió a lo alto de la ceiba para trazar la ruta.

Entretanto, Ariel, taciturna, apacible, un tanto nerviosa y temblorosa por el rocío de la mañana, ansiaba con todo su ser un cacao con menta.

—¡Ariel! —escuchó desde lo alto del árbol—, vayamos en dirección noroeste. Será la ruta menos peligrosa.

De prisa y sin titubear, avanzaron ágilmente por la selva. A ella, tosca y robusta, harapienta y mojada, le costaba mucho trabajo seguirle el ritmo al felino, quien era ligero y ágil. Debían moverse rápido antes de que nuevamente cayera sobre ellos la noche fantasmagórica en ese interminable laberinto. La joven en verdad deseaba estar en su hogar bebiendo una taza de cacao con menta. No podía sacar esa idea de su cabeza.

Lo que desconocían era que, desde las som-

bras y el espesor de la selva, eran acechados por un sigiloso búho que seguía cada una de sus huellas.

El sendero blanco era siniestro y podía ser la perdición de Ariel. La espesura de la selva de Calakmul aumentaba y, cada vez, era más difícil continuar.

Siempre atento e inteligente, el jaguar percibió al búho entre la maleza. Alertó a su acompañante sobre la presencia del ave con un ronroneo. Ella se sintió muy nerviosa y observada; para colmo, la humedad de la selva y la hojarasca hacía más complejo el andar por el camino.

En un ramaje, el pequeño felino se detuvo. Ariel lo emuló y, mientras tomaba un respiro, lo cuestionó sobre lo que sucedía.



—El búho se detuvo. Hay que seguir avanzando, pues la noche está cerca y él es peligroso cuando la penumbra llega —respondió.

En un ataque de desesperación, los sentimientos de Ariel desbordaron y comenzó a llorar sin control; el temor se apoderó de ella. El gatuno no estaba ahí para calmar ese tipo de dolor, solo era un guía en su *sacbé*.

Ella lo sabía, secó sus lágrimas, tomó otro respiró mientras ataba las agujetas de sus botas. Antes de seguir, bebió un poco de agua. Conti-

nuaron por aquel laberinto que solo su acompañante conocía.

Mientras iba concluyendo el atardecer, una extraña niebla nocturna cubría el sendero y hacía imposible seguir avanzando. Era imperante detener y esperar un nuevo amanecer.

Ariel temblaba de miedo, sabía que el búho la acechaba...

Ya por la noche, se escuchó un ruido entre las ramas de la selva. El temor más grande estaba



al acecho. De pronto, el búho bajó en recta hacia Ariel; su embestida fue rapaz. Con gran velocidad rasgó su ropa y piel. El jaguar, por instinto y con gran agilidad, respondió con un zarpazo empleando sus garras retráctiles.

La jovencita estaba paralizada en medio de la selva. El búho quería devorarla, pero el guardián gatuno hacía lo que podía para salvarla. La presa, atónita en la hojarasca, quedó gravemente herida en la entrepierna. El dolor y nerviosismo le impedían actuar.

—¡Corre, Ariel! ¡Escapa y sigue el *sacbé!* —fueron las últimas palabras del jaguar.

Ella se levantó y encontró en su interior fuerzas desconocidas que no tenía y que le proporcionaron valor para correr. Sin embargo, en la huida tropezó con las raíces de una ceiba, cayó y perdió el conocimiento.

A pesar del barullo, el silencio se iba apoderando de la selva de Calakmul.

Cuando Ariel despertó, continuaba perturbada. Abrió los ojos y reconoció su alrededor. Estaba en una choza donde había estado previamente. Se levantó rápido, buscó la salida y gritó:

—¡Ayuda! —con un alterado tono de voz—. ¡Por favor, alguien que me ayude! —exclamó al mismo tiempo que lloraba. Volvió a tropezar con una roca, pero una voz muy familiar la tranquilizó.

—¡Oye, cuidado! ¿Estás bien, Ariel? Soy José —dijo aquel joven que había acudido en su auxilio.

Ariel lo reconoció de inmediato. Era su amigo, quien la buscaba desde dos noches atrás. Temía lo peor, pero para su fortuna, un jaguar fue su guía en la selva. Para su mala suerte, en repetidas ocasiones las agujetas de sus botas se desamarraban.



3

Cacao con menta

En el laboratorio se percibía la amarga tristeza que José destilaba. Ariel había partido hacia su planeta de origen tras terminar su trabajo de tesis sobre la especie ancestral, el origen de la vida en el universo. La relación que tenía con él, se acabó. A ella le esperaba una vida dedicada a la exploración. Tal vez, en otro momento, volvería a encontrarse con él.

José, en su nostalgia, escribió una carta para Ariel, su chica cósmica. Sería una misiva que jamás leería, que solo el viento escuchó cuando la expresó en soledad:

La afinidad por ti se convirtió en una fuerza repulsiva y el tiempo se ralentizó. Lo nuestro fue inmediato y por primera vez comprendí el concepto de las fuerzas de Van der Waals: la atracción y repulsión entre dos átomos.

Todos los días me abrigaba en tus encantos. Mis átomos resonaban en tus orbitales por el aroma de tu tez,



por tu satírica y grotesca sonrisa, a veces molesta, pero siempre simpática y atinada; por tu noble mirada de atemorizante juez, por tu físico tan natural... tan Fibonacci.

Mientras seguía dormido, caminabas en mi espalda y sentía el frío de las plantas de tus pies, pues nunca te gustó usar sandalias y andabas por la casa siempre descalza. Después, preparábamos un delicioso cacao con menta. Una bebida idéntica a ti: fresca, dulce, intensa, aromática y adictiva, principalmente en las primeras horas del día. En el fondo, ambos sabíamos que la atracción era débil y sencilla.

Siendo honestos, nuestra historia fue cotidiana y efímera, se podría decir que un pasatiempo; debería decir que no fue importante, sin embargo, la nostalgia invade mis días desde entonces, ya que solo dejaste en mí una adicción al cacao con menta.

Con el pasar de los días, se debilitó mi fuerza vital, la energía que impulsaba e inspiraba todas mis ideologías.

Te autonombrabas «locomótica». Ese es tu verdadero nombre y su significado se explica con las siguientes palabras: melancólica, cómica, maniática y estrambótica. Aunque no sean del todo coherentes, te encantaba llamarte así. Decente, pero bailabas con cadencia. Atractiva sin saberlo, llegabas a ser tóxica. Siempre sedienta de cacao con menta y canciones.

Todos los días te seguía un colibrí y ambos oían por toda la casa un blues. Eras hermosa, un tanto mediática, marxista y poética; muy bonita de nacimiento. Sin embargo, tu risa era un Sahara; siempre fuiste al laboratorio en bicicleta, bebías agua de manantial y te alimentabas del sufrimiento. Eras mi chica taciturna, apática en ocasiones, pero divertida y cósmica.

Mi «locomótica», contaminaste el alma de mi cuerpo, mi esencia líquida casi en un 65 por ciento. Intoxicaste mi naturaleza, mi existencia y todo lo que soy. Solo te bastó un instante.



Con un ¡cach!, mi alma se rompió en cachitos. Ahora estoy triste porque te marchaste con todo y metate, ese que era nuestra piedra filosofal; con tu partida se deshidrato mi cuerpo, mis órganos colapsaron de inmediato. Se perdió la comunicación química de mis células y con el paso de los días perdí forma, color y aroma... el sabor a menta se esfumó.

Como mecanismo de supervivencia, cambié el cacao con menta por café.

Mi rutina desde entonces fue errática, siempre deambulando en el laboratorio, el lugar de nuestras exaltaciones que ahora luce vacío. Sí, así me la paso ahí, anonadado con cientos de dudas y paranoias abstractas. Ahí, pensando en algo que no creo sea tan absurdo.

He abstraído mis ideas y discutido mi percepción del alma, de mi *sak nik nahal*, mi conciencia, y de mi huay, el espíritu que me protegía. Del latín *anima* y del griego *psyche*, es decir, de cuerpo físico que lo interconecta por señales electroquímicas con algo que nace ahí dentro de un tejido y es único. La conciencia que evoluciona con el tiempo.

Entonces, mi conclusión sobre el significado del alma implica que es líquida, es agua, un átomo de oxígeno y dos de hidrógeno enlazados covalentemente, un sustantivo femenino; por lo tanto, el alma es femenina.

El agua es el alma del planeta. Sin ella seríamos inertes. De hecho, es una molécula universal, un solvente

conductor de la existencia en el cosmos. Todos estamos interconectados por aquella molécula dinámica, es diamagnética. Entonces, en aquellos días, yo bebía el alma de tu cuerpo cuando tomaba el cacao con menta que preparabas todos los días.

Un líquido inmerso es un eterno ciclo hidrológico que, en su recorrido, transforma y desplaza, permite reacciones químicas importantes, ciclos biogeoquímicos, un ciclo empujado por el viento, la luz solar y la gravedad. El agua se dispersa y está casi en todos lados; donde no se encuentra, no existe la vida. Sus transformaciones son sucesivas y simultáneas.

Por ello, el agua es la naturaleza de la vida y aquel cacao con menta era lo esencial para mí. Así pasan los días, con un deseo incontenible por beberla nuevamente.

A veces despierto y abro los ojos. Me encuentro explorando una zona de cavernas; tal vez allí encontraré indicios tuyos. Entro a un oscuro, húmedo, fresco, secreto y resbaladizo acuífero que tiene un aroma único y un eco mágico ancestral, como tu cacao con menta. Ahí dentro está el recurso más importante para la humanidad, para la vida del planeta y del universo: el agua, que también es la base de nuestro cacao con menta.

Es un inframundo, lugar geomórfico debido a su característica kárstica, una base de datos climatológica que exhibe en sus entrañas los acontecimientos

escritos por el agua proveniente de lugares lejanos, del espacio exterior o de otras relaciones deletéreas.

El agua se filtra del exterior por las grietas y, después de un largo periodo, forma estructuras asombrosas, tanto como el lugar sagrado conocido como *Xibalbá*, sitio donde se encontraban los dioses mayas, espacio donde te gustaba estar, mi chica cósmica. Ahí, fatigado en la entrada, con mis *aluxes* y los *luxes* saliendo del casco de mi cabeza, miro con determinimiento las heridas por donde se infiltran las impurezas, los desechos tóxicos imposibles de remover que tiene el agua; ahí permanece todo lo

malo que gritamos aquel día mate, cuando la incertidumbre de nuestra relación y las grietas de nuestros prejuicios, dejaron entrar lo innecesario y terminaron envenenando nuestro cacao con menta.

¡Qué más da! El amor y la contaminación son dos palabras diferentes, pero yuxtapuestas; es decir, la primera hace referencia a un sentimiento, mientras que la segunda a una alteración de la pureza. Ambas son inconmensurables, por lo tanto, es imposible conocer su magnitud, son difíciles de comprender y, obviamente, el error más habitual y el principal problema es la incertidumbre.



Hasta hoy, algo en el agua no está bien. Nuestro cacao con menta se contaminó. No debería contener sustancias químicas peligrosas; toneladas de tóxicos están justo debajo de nuestros pies, por lo que no percibimos el problema.

Contaminar el agua de nuestro cacao con menta fue intoxicar nuestra relación. Las sustancias químicas, el miedo y la apatía destruyen todo, pudren nuestros sistemas biológicos.

A pesar de saber que el alma es agua, seguimos desperdiciándola. Lo único que me consuela es que el agua tras-

cenderá en el tiempo, no así nuestra historia de amor.

El agua es lo más importante en el universo, es la molécula elemental para la existencia de todos los seres vivos, el componente esencial en el *yóok' ol kaab* (universo, en maya).

Al final de nuestros días, allí estará una anciana con su *tzabcan* y un vaso chocolatero que versa nuestra tóxica historia, sentada en el último árbol de cacao en el planeta, por causa de la evapotranspiración global del agua, el fin de nuestra era, el Antropoceno. ¡Qué más da!, *beyhualé*.



4

Las aventuras de Ely e Ícaro

Era una noche lluviosa. Los relámpagos ase-
diaban al mar y la playa. Los cumulonim-
bos no dejaban ver las estrellas ni la Luna.

—Desde aquí observo todo y huele a petricor
—ese aroma popularmente conocido como «tie-
rra mojada»—. El agua corre por la banqueta y
es color marrón por la basura —decía Ely a su
gatito.

Se preguntaba a dónde iría toda esa agua que se
veía «horrible y sucia».

—¿Quién podría beberla así? —exclamó. —Al
parecer no parará de llover y no podré salir a
caminar un poco. Estar encerrada no me gusta.
Por desgracia, solo puedo hacerlo de noche y la
lluvia no se detiene —continuaba relatando a su
acompañante mientras le abrazaba.

«¿Por qué soy diferente? Jamás he podido salir
de día no puedo ver el sol, solo escucho de él»,
pensó a la par que dejaba escapar un suspiro de
resignación.



No parecía que el pequeño felino le prestara atención, solo la miraba y le ronroneaba. La niña solo conocía los detalles del día gracias a lo que sus padres y hermano le contaban. El mundo para ella solo era uno y era de noche.

—Moon —se dirigía Ely a su mascota como si fuera una persona, pero solo era un animal nocturno—, ¿de qué sirve conocer todas las constelaciones, las fases de la Luna? Cuento todas las estrellas fugaces que veo y me gusta cantar mientras todos duermen, pero me siento sola. ¿Tú te sientes solo también? —continuó cuestionándole.

Ely todo lo aprendía de noche con sus papás en casa. Dormía de día. Tenía cierto tiempo determinado para salir a jugar con su hermano; ya fuera al parque o en la calle, siempre tenían que hacerlo tras el final del atardecer.

Así era su rutina. Su gatito Moon era su confidente nocturno en el techo, donde les encantaba estar por el viento que corría y apaciguaba el calor.

Un día, su papá está con ella; al otro, es su mamá quien le acompaña. Después, puede ser su hermano, Ícaro. Los tres le enseñan el mundo de noche en bicicleta; aunque fuera una ciudad muy peligrosa, tampoco podía estar encerrada todo el tiempo.

—Moon, mis papás saben que estoy triste. ¿Qué puedo hacer para terminar con este sentimiento? —le decía a la par que el felino le respondía con un ronroneo— ¡Tú qué sabes! ¡Te quiero, gatito silencioso! —le susurró.

Cuando Ely salía, no se alejaba mucho de casa. Aún no tenía la edad suficiente para visitar lugares distantes. Eso se lo repetía siempre su hermano. Sin embargo, le llevaba a escondidas como cómplice y aliada de aventuras.

Ícaro le enseñaba lo hermoso de ir al cine, a las obras de teatro, a los bailes nocturnos en el jardín, a conciertos de música y por supuesto, partidos de béisbol. Sus aventuras siempre fueron después del atardecer y antes del amanecer.

Ella era Ely. Sufría una enfermedad llamada dermatitis fotoalérgica, cuyo detonante es la exposición a la luz solar. Este padecimiento es resultado del uso indiscriminado de sustancias químicas que funcionan con protectores solares para la piel, por parte de generaciones pasadas. Ellos le heredaron esta terrible enfermedad, quedando marcada en sus genes y que será transmitida de generación en generación. Ella era una persona única, una en un millón.

Ícaro era todo un aventurero, aunque en realidad, su valor radicaba en el amor por su hermanita y el no dejarla sola, en enseñarle a estar allá afuera sin ningún problema; pero muy en su interior, en sus secretos personales, no sabía a ciencia cierta cómo hacerlo.

Su primer desafío en la vida fue vencer el miedo y así, mostrarle lo bello de la noche. Le enseñaba increíbles seres vivos nocturnos, que, al igual que ella, dormían de día. Ícaro acompañaba a Ely a la naturaleza y lo más cercano era el parque de la colonia. Le mostró lo enigmático de los búhos y su canto merodeador, así como la astucia de los zorros. Disfrutaban de ir a observar luciérnagas al parque y contarlas; jamás conseguían saber cuántas eran porque eran destellantes. Cuando terminaban de contar, regresaban a casa para comer y estudiar. Su papá y mamá le instruían en matemáticas, biología, física, astronomía y ciencias sociales, que eran lo más esencial.

Pronto, Ely celebraría su decimosegundo cumpleaños. Ese día era muy especial; los amigos de la familia y el vecindario permanecía despiertos.

Sus tíos, primos, abuelos, todos llegaban a casa y se sentaban alrededor de una enorme mesa.

Bailaban toda la noche, escuchaban música y salían a pasear en bicicleta. Era un espectáculo maravilloso. La ciudad era de ellos y Ely era superfeliz en ese día especial del año.

En un abrir y cerrar de ojos, pasaron tres años más. Llegaría su cumpleaños decimoquinto. Ely tuvo una idea fantástica, la de tapar al Sol y salir de día con todos sus seres queridos en bicicleta para pasear por el malecón.

Era un plan ambicioso, pero con repercusiones globales. Ya lo había decidido así y no existía vuelta atrás; ella siempre fue muy determinante en sus convicciones.

La misión consistía en usar a la Luna para tapar al Sol. Es decir, inducir un eclipse solar total. El reto era cómo colocar a una justo enfrente del otro. No tenía idea de cómo lograrlo. Por un instante creyó que sería imposible, así que, un día le contó a su hermano el increíble plan. Ícaro sonrió y juró ayudarle a encontrar la forma de hacerlo; ambos se sentaron en un sillón a generar ideas. De pronto, él exclamó:

—¡Eureka! Es simple la solución. Tenemos que construir una Luna artificial.

—Pero, ¿con qué? —preguntó Ely.

—No lo sé —dijo Ícaro—, solo lo pensé y ya.

Ely se rio como nunca lo había hecho, pero no en tono de burla, sino de emoción. Pensó que eso sería imposible.

—Ningún objetivo es difícil de alcanzar —intentó convencerle Ícaro.

A Ely se le borró la sonrisa del rostro y entendió lo que realmente implicaba las palabras de su hermano. Tras un momento de reflexión, descartaron la idea y trasladaron sus pensamientos a otra cosa.

De pronto, sin pensar tanto en ello, nació una idea aún más estridente: partir la Luna en dos para que los fragmentos taparan al Sol por ambos lados.

—¡Esa idea es supergenial! —soltó efusivamente Ícaro—. ¡Hagámoslo!

—¿Cómo? —respondió sorprendida Ely.

—Con un cohete espacial. Habrá que construir uno. También hay que crear un taladro que pueda perforar a la Luna y partirla en dos. Mientras regresamos a la Tierra, debemos provocar que las mitades tapen los extremos del Sol.

—¡Genial! —grito Ely—. ¡A construir un cohete espacial!

Después de varios meses de trabajo y antes de su decimoquinto cumpleaños, ya habían terminado la construcción del taladro y cohete espacial. Solo faltaba recolectar provisiones. El viaje sería de cuarenta días, de ida y vuelta.

Ícaro estaba feliz porque ya tenían todo para comenzar su aventura.

—¡Todo listo, Ely! —dijo el pequeño a su hermana.

Ambos subieron al cohete espacial y comenzaron el viaje. Antes de partir, dejaron una nota a sus padres y amigos que decía:

«Regresamos en cuarenta días, justo para el decimoquinto cumpleaños».

Día 1. El despegue

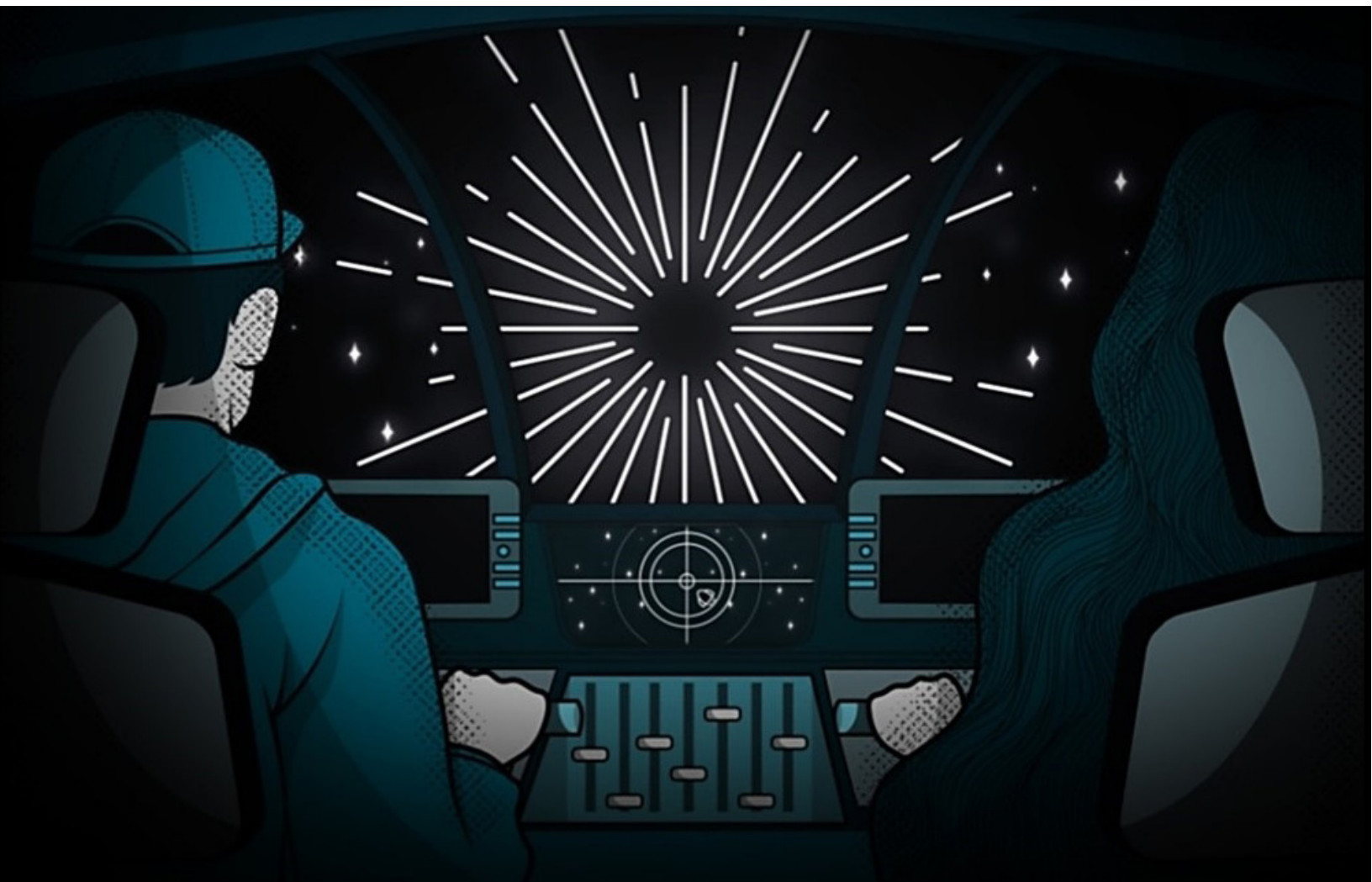
Estremecedor fue el sonido del cohete cuando la cuenta regresiva llegó a cero. Los siguientes instantes fueron muy rápidos, fue como subirse a mil montañas rusas y caer al vacío sin control; sin embargo, Ely e Ícaro no caían, sino ascendían. Al salir del planeta y llegar al espacio, descubrieron algo importante: la Tierra se ve indescriptiblemente hermosa desde esa perspectiva.

Tras el trance de ascenso, en sus rostros se notaba una sonrisa increíble. Ambos sabían en sus adentros que sí sería posible partir la Luna en dos.

Ely se resguardaba de la radiación que tanto daño le hacía. Cada segundo repasaba su plan, que en esencia era crear una sombra sobre la Tierra.

Día 15. Primera parada

El alunizaje lo hicieron en la parte oscura, que resultó ser bastante atemorizante. Pero así lo habían planeado, pues era vital proteger a Ely. Por tal motivo, era la indicada para realizar el trabajo de perforar y partir a la Luna en dos; gracias a la convivencia diaria con su gatita Moon, la pequeña había adquirido la habilidad de ver mejor en la oscuridad. Ícaro, con una lámpara, pudo ayudarle un poco.



Cinco días aproximadamente duraría la perforación; tenían que hacerlo lentamente, sino la Luna explotaría y quedaría hecha añicos.

Conforme avanzaban y el taladro continuaba haciendo su trabajo, por lapsos se sentaban a observar la Tierra.

Ely igualmente aprovechó esos instantes para escribir en su bitácora espacial, un poema para su gatito Moon, que aguardaba en su hogar.

Entre lo opaco y nítido del blanco
y negro, pero no de tus ojos,
descubrí lo básico del contraste
de tu sonrisa y felino rostro.
Me detuve a suspirar un instante
y la vida no me alcanzó.

Jamás logré percibir
el dulce aroma cautivante,
como tú seguro lo hacías.

Te alejabas... tan distante.

Sola en mi opacidad, sin colores,
te besé al aire
con la esperanza de que pasara
un colibrí espacial
y te llevara mi mensaje.

En silencio me alejé o te alejaste.

Desde aquel día, mi estre-
lla fugaz, mi instante.

Ely pensaba en Moon. Ícaro, en sus padres. Entre ellos se sonreían y eran felices porque estaban juntos.

En el segundo día de excavación escucharon un ruido extraño que provenía del taladro. Fueron a revisar para saber qué había ocurrido. Con

asombro, observaron que brotaba agua de la superficie lunar. Sorprendido de tal hallazgo, explotaron en júbilo.

El agua comenzó a salir en grandes cantidades, así que tuvieron que subir a lo alto de unas rocas cercanas a su transporte espacial.

Poco a poco, la Luna comenzó a inundarse. Así, se empezaron a formar caudalosos ríos, enormes lagos y majestuosos océanos.

Fue increíble, pues estaban viendo nacer la vida en la Luna. De inmediato, las plantas comenzaron a salir únicamente del lado donde caía la luz solar.

Mientras esto ocurría, Ely quedó atrapada en sus pensamientos durante un momento, entendiendo la importancia del Sol y el agua. Saliendo de su trance, le gritó a su hermano que se detuviera la misión:

—¡Ícaro, no podemos partir en dos a la Luna! Tiene vida, tiene agua como nuestro planeta. Si lo hacemos, será su fin.

El hermano quedó desconcertado, pero sin dudar tanto, apagó el artefacto.

Ely comenzó a llorar sin control por la frustración. Era inconsolable el dolor que sentía e Ícaro, por primera vez, lloró a su lado. Se abrazaron mientras la Luna comenzaba a florecer como lo hacía su hogar, el planeta azul. Indescriptible era ver cómo en un periodo tan corto, la vida puede proliferar tan rápido.

Poco después, Ely e Ícaro se sentaron a platicar sobre el futuro.

—¿Qué haremos ahora? ¿Regresar a la Tierra o continuar nuestra misión? —inquirió ella.

—Tenemos que volver —sugirió.

Ely asintió con la cabeza. Triste, Ícaro comenzó a desarmar el taladro. Lo guardaron en su cohete espacial y se despidieron de la Luna.

Día 25. El regreso a casa

Los hermanos iban de vuelta a la Tierra, cuando de pronto Ely tuvo una gran idea.

—Hermano, ¿por qué no vamos al planeta Marte? Tal vez podríamos moverlo de lugar y hacer que tape el Sol y continuar con el plan inicial.

—¡Tienes razón! —exclamó Ícaro emocionado.

Fue entonces cuando decidieron cambiar la dirección del cohete e iniciaron una nueva travesía hacia Marte, el planeta rojo. Esta aventura sería con menos provisiones y combustible, pero nada los detendría. El viaje duraría, según los cálculos, cuatrocientos días, un poco más o menos. Así que decidieron usar las cámaras de hibernación para dormir dentro de ellas. Ícaro las había empacado hábilmente antes de salir de la Tierra. Consideró que era importante contar con algo así para viajes largos por el espacio.

Día 425. La llegada a Marte

Amartizaron sin problemas, aunque con un poco de combustible y escasas provisiones. Lo primero que hicieron fue esperar a que llegara la noche; solo así podrían explorar y analizar las posibilidades de lograr el plan inicial: mover al planeta para que tapara al Sol.

Se sentaron en su silla espacial y comenzaron a reflexionar.

Ícaro pensó en usar el cohete para hacerlo realidad. Primero perforaron la superficie del

planeta para amarrarlo a la nave y remolcarlo. Necesitaban mucho combustible y provisiones, pues el viaje duraría más de cuatrocientos días de retorno.

Por estudios planetarios sabían que Marte era rico en combustible fósil. Enseguida, con la ayuda del taladro especial, perforaron y succionaron la superficie para extraer el combustible. Solo así moverían el planeta a una órbita diferente para tapar al Sol.

Así comenzó la nueva aventura.

Con el despegue, Marte se estremeció por la fuerza impulsora del enorme cohete. Ely e Ícaro lograron mover el planeta rojo con algunos inconvenientes que se solucionaron al instante; después, se metieron en su cámara de hibernación. En quinientos días estarían justo en la nueva órbita donde desengancharían al planeta.

Día 925. En órbita

Los hermanos despertaron de la hibernación y comenzaron a realizar la maniobra de desenganche.

—¡Lo logramos! —gritaron Ely e Ícaro.

Con todo el cuidado posible, dejaron a Marte en su nueva órbita.

—Ahora tendremos una nueva Luna que es más grande que la anterior y tatará al Sol —exclamaron.

Siguiendo con lo estipulado en el plan, volvieron a hibernar para retornar a la Luna. Tras un nuevo alunizaje, notaron que la mitad de ella tenía hermosos paisajes con valles, así como animales únicos e inimaginables.

Era increíble lo que había ocurrido tras el simple hecho de que saliera agua de las entrañas de la superficie lunar. Ambos sabían que el líquido era el origen de la vida y de todo lo que percibían a través de la vista. Ely estaba entusiasmada, pero la a vez un poco triste debido a que ella solo podía ver con detalle por medio de los videos que le compartía su hermano; recordemos que no podía exponerse a la luz solar.

En un nuevo proceso de reflexión, los hermanos se sentaron y llegaron a la conclusión de que lo mismo le sucedería a Marte, pues al moverlo de su órbita original, el agua congelada en su interior y sus polos, se derretiría.

Sin dudar tanto, decidieron ir a revisar al planeta rojo.

A bordo de su nave espacial y tras un largo recorrido, constataron que su sospecha era cierta. Lo que habían hecho cambió totalmente el ambiente de Marte: la vida comenzó y el agua llenó los océanos, ríos, lagos y acuíferos.

De nueva cuenta Ely solo podía verlo a través de videos, sin embargo, Ícaro le describía con lujo de detalle lo hermoso del paisaje marciano. El sitio era inmenso, con múltiples espacios verdes que no conocerían la presencia humana. A él se le complicaba en ocasiones el detallar ciertos detalles del panorama.

Ya por la noche, aprovecharon para sacar sus bicicletas espaciales y así, rodar por todo el lugar para explorarlo. Constataron que el ciclo del agua en Marte se había modificado. Ahora era similar a la Tierra, pero sin humanos.

Notaron que su majestuosidad era porque no existía basura, no había contaminación ambiental y el agua corría por el suelo, sin arrastrar dese-

chos tóxicos. No se acercaba ni lo más mínimo a lo que acontecía en su hogar, donde el agua se llevaba todo lo que estaba regado por las calles.

—Y ahora, ¿qué sigue? —preguntó Ely a su hermano mayor.

—No lo sé. Tú eres la dirigente en estas misiones —respondió Ícaro.

Ella, solo sonrió.

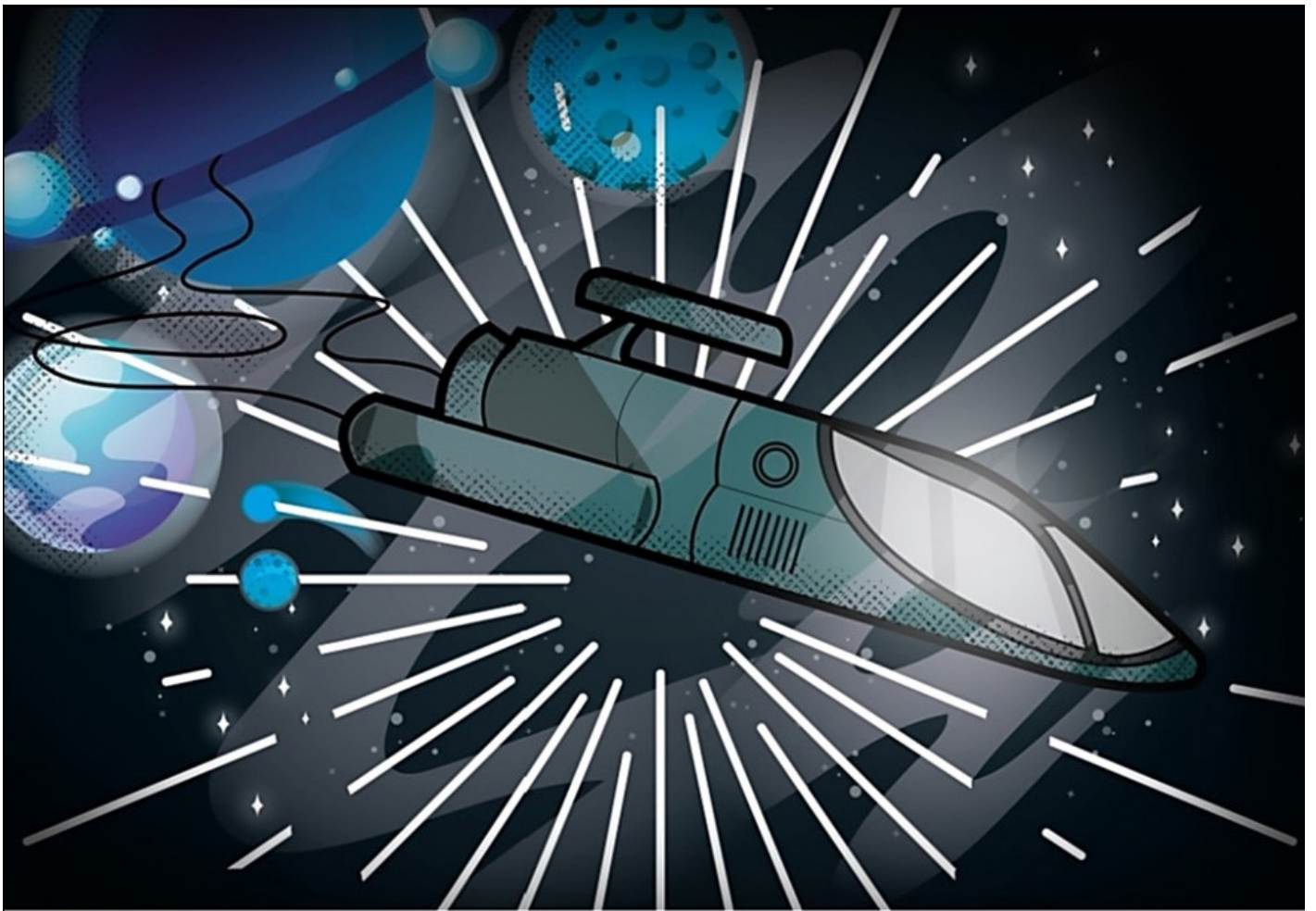
—Imagina que pudiéramos mover todos los planetas hacia esta órbita. Todos tendrían vida como la Luna o Marte —le dijo la pequeña.

—Toma en cuenta que tardaríamos muchos años en lograrlo —advirtió Ícaro tras pensarlo un momento—. Son varios planetas y, según mis cálculos, demoraríamos tal vez unos diez mil días o más. Ya llevamos fuera de casa poco más de dos años. En pocas palabras, usaríamos más de 25 años de nuestra vida para hacerlo. Cuando regresemos a casa, tú tendrás más de cuarenta años y yo, casi cincuenta o más. Y eso, si todo marcha bien. Nuestros padres probablemente ya habrán muerto —alcanzó a decir mientras bajaba la mirada y su voz se veía ahogada—. ¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?

Perdida entre tanto número y pensándolo solo lo justo, Ely asintió con la cabeza.

Técnicamente tendrían más de 40 y 50 años, pero como dormirían en la cámara de hibernación al viajar por el espacio, su apariencia seguiría siendo la de 15 y 18 años.

Prepararon todo y emprendieron la travesía que parecía imposible. Conforme pasaban los años, lo que hicieron con la Luna y Marte fue replicado con cada planeta hasta llegar al más lejano.



Al depositar al último en la órbita y antes de partir de vuelta a la Tierra, Ely, con una voz suave, le dijo a su hermano:

—Gracias por ser mi compañero de aventuras. Ha sido un viaje largo. ¡Vamos a dormir! Te veo cansado y llevas mucho tiempo despierto a mi lado...

Ambos hibernaron una vez más. Pronto estarían de vuelta en casa.

Al ir cerrando los ojos, la tristeza se iba manifestando en sus cuerpos, principalmente en sus gargantas, en forma de nudo. Ninguno fue capaz de expresarse, pero sabían que sus padres ya no estarían en casa esperándoles; mucho menos la mascota Moon, que hace muchos años atrás ya habría muerto.

Año 2052. La llegada de Ely e Ícaro al planeta azul

Al aterrizar en su hogar, Ely e Ícaro se sorprendieron por lo que sus ojos vieron. Quedaron boquiabiertos. La Tierra era ahora oscura y fría. Las consecuencias de colocar todos los planetas alrededor causaban una penumbra avasalladora.

Todo estaba muriendo. Los seres humanos eran pocos.

La vida terminaba poco a poco. En el cielo eran perceptibles cada uno de los planetas que rodeaban a la Tierra, se notaban tan cercanos.

Los hermanos estaban tristes. No sabían qué hacer ahora, si regresar y mover todos los

planetas a sus órbitas originales o trasladar a los pocos sobrevivientes a un nuevo destino. Optaron por la segunda opción y comenzaron a construir una estación espacial capaz de mover a millones de personas a los planetas que orbitaban alrededor. Pero antes, tenían que convencerlos.

Fue así como construyeron un telescopio que les permitiría a todos observar los planetas y ver lo bello que eran ahora. De esa manera, se les daría un abanico de opciones y así, ellos elegirían la que más les agradara.

El día de la elección, cuando comenzaron a transmitir la información a los terrícolas, todos tenían que seleccionar su nuevo destino al que ahora llamarían hogar.

La acción fue muy rápida. Algunos eligieron a Marte porque era el más parecido a la Tierra; otros más se decantaron por Mercurio y Venus, o por Júpiter, Saturno o Urano. Increíblemente, nadie escogió a la Luna.

Ante tal situación, Ely e Ícaro decidieron irse a vivir ahí. Ella prefirió la zona oscura y él, la iluminada. A veces se visitaban.

La tristeza que aún vivía en ellos era muy notoria a través del distanciamiento que inevitablemente surgió. Sabían que sus decisiones tuvieron consecuencias catastróficas, entre ellas la pérdida de sus padres y su querido gatito, Moon.

Su vida ahora se centraba en labores de supervivencia.

Ely vivía sola. Ícaro también.

Pasaban los días, la brecha se hacía más grande.

Un día, decidieron reunirse. Ahí, a años luz, se sentía que una nueva aventura estaría por gestarse.

Ambos deseaban restablecer la condición normal de la Tierra, de su planeta azul. Así que pensaron cómo podían hacerlo posible. La única solución era tomar un pedazo del Sol y llevarlo a orbitar alrededor de la Tierra.

—Eso ocasionará que se iluminen aún más los otros planetas —le dijo Ícaro a Ely con una entrecortada y triste—. Incluso la Luna —recalcó.

A Ely no le afectó en absoluto el posible final.

—¡No importa! Tenemos que hacerlo —dijo ella.

Ícaro sabía que era imposible que su hermana viajara al Sol, así que la cuestionó:

—¿Cómo lo haremos?

—Iremos en la Luna —le respondió.

Él sonrió y entendió a lo que se refería. Así, comenzaron con las adecuaciones.

Ahora la Luna sería una nave espacial. La armaron con grandes pinzas mecánicas, que también emplearon para construir un recipiente especialmente diseñado para obtener ese fragmento de energía solar.

El viaje sería sumamente peligroso, principalmente para Ely.

Al llegar al Sol ejecutaron su plan con rapidez y gran habilidad. Toda su experiencia en mover planetas y los inconvenientes implícitos los resolvieron sin chistar, gracias a lo aprendido en el pasado. Ely, desde la zona oscura de la Luna, maniobraba todo según las indicaciones de Ícaro.

Al tener todo listo retornaron para colocar el contenedor espacial que resguardaba la energía solar, lo situaron justo entre la Tierra, la Luna y el resto de los planetas.

Antes de hacerlo, Ely le dijo a su hermano:

—Me iré.

—Permíteme acompañarte, yo quiero ir contigo
—le imploró.

—No es necesario— dijo ella.

Ícaro, algo contrariado, lo asimiló al final. Había llegado el momento de separarse. Pero ahora ya no sería de sus padres, su gatito y de su vida pasada. Ahora tendrían que distanciarse para siempre.

Él decidió regresar al planeta azul. No sabía por qué, pero tenía la esperanza de que su familia aún viviera. En sus pensamientos profundos, escribió para dedicarle unas últimas palabras a su hermana antes de marchar:

Con desdén o sin atención, admiración o inspiración, aún no lo sé, solo aquí estoy y embeleso, sin recibir un beso de despedida, un verso o rezo. Recuerdo tus bellos ojos y me abstraigo en somnoliento, perdido y adicto por el brillo tan hermoso y perfecto.

Son el oasis en un desierto o el color primordial surgido del Big-Bang en el universo.

Son resplandecientes, eternos o tal vez, solo en mis pensamientos.

Es el color de tu iris que deja ver ese hermoso lente biconvexo.

No parpadees nunca, aunque eso para ti sea un sufrimiento, pero te aseguro que, si lo haces, a muchos verás muertos.

Palabras que jamás escuchó Ely, por estar en la Luna. Solo el instante en el que fueron escritas por su hermano se escucharon cuando las leyó al viento.

Ely, viajando por el universo en busca de nuevas aventuras, soñaba con encontrar un planeta totalmente oscuro con seres humanos como ella. En su travesía observó que existen planetas parecidos al Sol, que entre más distantes estén, mejor para ella.

Entonces se le ocurrió una gran idea: encontrar una órbita en la cual la radiación solar del sistema fuera débil, pero iluminara a la Luna para no afectar la vida que había surgido en ella.

Según sus cálculos, encontró esa órbita. Todo estaba listo para situar a la Luna ahí.

Para Ely ese día fue especial. La radiación ya no le dañaba como lo hacía en las otras órbitas. Donde estaba situada la Luna ya no podía ser alcanzada por las tormentas solares, las fulguraciones y las eyecciones de masa coronal, es decir, los protones. A este gran descubrimiento, Ely le llamó la órbita ZAI (zona anti ionizante).

Podía estar despierta de día y dormir de noche. Ser como todos sus seres amados.

Sin más, un día la nostalgia invadió su nicho de emoción y nubló su alegría. Recordó esas noches cuando celebraban sus cumpleaños y todos la acompañaban haciendo todo lo que amaba.

Tenía todo, no necesitaba más en aquellos días; ahora, su pensamiento había evolucionado y sus experiencias de vida la transformaron. Ahora era sabia.

Recordó que su hermano siempre estuvo a su lado. Y ahora no era así.

Nadie podía ver lo feliz que era. Estaba sola en la Luna a una distancia considerable, distante de todos.

—¿Por qué he de sufrir este terrible aislamiento?
—grito en soledad. No tenía idea por qué ella era única en un millón.

De pronto su rostro se iluminó, otra idea genial nacía en su interior y exclamó:

—¡Una en un millón! El planeta azul tenía en aquel entonces millones de millones de personas —soltó al viento—, lo que significa que no soy la única. ¡Hay miles de personas que son como yo y viven ocultas! Tengo que regresar y decirles que encontré la solución —decía con determinación y fuerza en su soledad lunar.

Ely viajó lo más pronto posible para buscar a todas aquellas personas que igual padecían su enfermedad.

Y les encontró.

Una por una las convenció. Aunque tardó un par de años en conseguirlo, todos subieron a la Luna con ella. Ely los llevó a la órbita confortable, contándoles lo maravilloso que sería.

Y así fue.

Sentir y amar la luz del Sol. Incluso los seres queridos podían visitarlos de vez en cuando

para convivir con los nuevos habitantes de la Luna, quienes eran iguales a Ely.

Ícaro, al enterarse, inmediatamente fue al encuentro con ella para contarle una formidable noticia.

Mientras su hermana viajaba por el universo, él se había dirigido hacia la Tierra para encontrar el paradero final de sus padres y el gatito Moon.

Ícaro descubrió algo increíble: muchas personas entraron en cámaras de hibernación, pensando que alguien en el futuro podría arreglar el desorden. Como muchos, los padres junto con Moon, lo hicieron.

El joven los encontró.

Feliz de su hazaña, viajó con ellos en su antiguo cohete espacial hacia la Luna de Ely.

El reencuentro fue increíble.

Moon, el gatito, ronroneaba de felicidad por verla de nuevo. Sus padres, que habían envejecido durante los primeros años de ausencia, la abrazaban con gran fuerza. Había pasado mucho tiempo desde su partida y podían escuchar de nuevo su voz, escuchar su risa tan característica.

Estaban felices porque ella era feliz y podían caminar juntos durante el día. Ely por fin veía la luz.

Todos se sentaron a comer y platicaron sobre las aventuras acontecidas.

Ely sonreía como nunca. Ícaro, a su lado y Moon, al otro. Todos tenían un brillo especial en sus ojos. La vida era diferente ahora.



El sistema solar había sido modificado, pero la humanidad seguía siendo la esencia del universo. El agua de los planetas estaba esperando a Ely e Ícaro. El agua y la luz del Sol eran la clave.

Justo ante de terminar el día y su comida, del cielo bajó un cohete espacial. Una familia salió buscando a Ely. Los rumores en el universo se

habían esparcido: ella era conocida por sus grandes hazañas junto a su hermano Ícaro. Aquellos desconocidos querían que les ayudaran a salvar la vida de sus planetas.

Ely, con su bella sonrisa, miró a su hermano. Ambos cruzaron miradas y esbozaron risillas cómplices. Así comenzaba una nueva aventura.





Parte 2

La conformación de un grupo de investigación

Bitácora de investigación

La historia que contaré es parte de una bitácora espacial recuperada en el planeta azul, específicamente en la selva de Calakmul, durante una expedición después del evento llamado «eclipse estelar», el cual casi terminó con todas las especies de microorganismos acuáticos, pero que años después fue restablecido gracias a un satélite solar artificial colocado por dos aventureros galácticos.

En ella se menciona una hipótesis de investigación muy interesante.

Dice que los microorganismos del agua existen desde hace millones de años, provenientes de otros planetas. Son seres acuáticos indestructibles por su composición bioquímica y genética. Viven en los océanos espaciales y su molécula favorita es el agua. Las criaturas microscópicas son creadoras de otras especies de divergencia, por presión evolutiva y adaptación fisiológica. Asimismo, dicta que hace millones de años llegaron al planeta azul, espacio lleno de agua. Azul resplandeciente, así era observado desde el espacio.

La bitácora de investigación es de una chica llamada Ariel. Ahí se encuentra la descripción más impresionante que jamás haya leído sobre el origen de la vida de pequeños microorganismos acuáticos en el planeta. Asegura y tiene evidencia de que son «viajeros interestelares», dos criaturas microscópicas, dos grupos taxonómicos: Bdelloideos y Tardígrados.



El cometa pasó muy cerca de Venus y, apenas con la «cabellera», tocó la atmósfera y las nubes de aquel planeta. Así quedaron atrapados los Bdelloideos, que se aferraron a la nube de gas y avanzaron con ella. Después, el cuerpo celeste cambió drásticamente su trayectoria espacial, chocando con el planeta azul y depositando a las pequeñas criaturas en un ambiente idóneo, con abundante agua y otros seres vivos. El mismo de viaje interestelar ocurrió para los Tardígrados, pero desde una luna de Júpiter hasta la Tierra.

Los mecanismos extremos de supervivencia y adaptación son la evidencia determinante de esta hipótesis de investigación interestelar.

Ariel escribe en su bitácora que esta búsqueda de la especie ancestral es su pasión y hace referencia de dos ejemplos que fortalecen su hipótesis de investigación.

El primero está basado en los resultados obtenidos Gladyshev y Meselson, en el año 2008. Ellos reportaron que un Bdelloideo nombrado *Adineta vaga*, fue expuesto a radiación gamma alta, apenas logrando crear en este microorganismo una ligera disminución en la reproducción asexual y daño en su genética. Mientras que, en la especie *Macrotrachela quadricornifera* (también Bdelloideo), cuando crecieron bajo una gravedad artificial de 20 g, no hubo efectos de morfología



embrionaria, según los experimentos realizados por Ricci y Boschetti en el año 2003.

Esto llevó a Ariel a proponer sus hipótesis de investigación, y es muy probable que estas criaturas tengan su origen en otro sitio, tal vez, desde la nube de Oort o más allá, y los cometas son sus mecanismos de dispersión espacial.

Anota en su bitácora que las nubes de Venus, donde estuvieron viviendo por un tiempo a temperaturas de 60 °C y una composición química de ácido sulfúrico, dióxido de carbono y gotas de agua, sugieren que allí activaron su plasticidad fenotípica para adaptarse y sobrevivir los viajes espaciales. Así, las capacidades de sobrevivir en el espacio a condiciones extremas, les permite viajar grandes distancias; por lo tanto, su evolución es interestelar y su origen proviene desde los inicios del universo. Por ello, sus mecanismos reproductivos y su capacidad evolutiva son sorprendentes.

Estos dos grandes grupos, Bdelloideos y Tardígrados, fueron nombrados así por la humanidad. Su misterioso origen es indescifrable, al menos, por el momento.

La bitácora de investigación también contiene apuntes de estudios *in situ*, datos increíbles sobre la vida acuática y su interacción con otras especies.

Menciona que fueron extraídos usando microbots creados por el CICY, que, según los bocetos en la bitácora, son excepcionales.

Los microbots son híbridos tecnológicos. Lograron insertar patrones de nanoconducto-

res en la lorica de los microorganismos acuáticos, que sirven como almacenamiento de información; después, estos microchips en la lorica o esqueleto, reaccionan a un láser lector. En esencia es como leer un disco compacto y, además, se recuperan gracias a que tienen afinidad por el magnetismo, es decir, en la lorica existe un nanomagnetito que reacciona atrayendo a las especies a su recipiente de inoculación. Los microbots tienen aproximadamente una duración de seis días; después es imposible recuperarlos.

Me intriga un poco saber cómo resolvieron la depredación *in situ* y que no fueran una presa fácil para los depredadores; tal vez, el tipo de lorica que escogieron y modificaron los hizo más grandes y espinosos.

Con base en los apuntes de Ariel en esta bitácora de investigación, lograron hacer un híbrido entre *Lecane Bulla* y *L. diabolica*, ambos rotíferos. Este híbrido es la base de los microbots, como una pequeña nave espacial.

Son fantásticos estos microbots.

¿Qué habrá pasado con Ariel? ¿Dónde se encontrará ahora? Lo mejor será seguir caminando por esta apretada selva de Calakmul. Debo llegar a la reserva de la Biósfera de Sian Kaan. Ahí está la base de exploración. Me toca viajar bastante.

Seguiré leyendo después la bitácora de investigación de Ariel. Tal vez pueda llevársela un día y recuperar toda esta información tan valiosa. La dirección es más al norte, pero ahí es muy difícil navegar pues hay demasiados humedales.



Seis relatos de terror sobre los estudiantes del Laboratorio de Ecotoxicología

Con su voz felina, un gatito encorvado y andrajoso le ronroneaba a la bella joven que esperaba la ruta de medianoche:

—A, ti, ¿qué te aterra? ¿La habitación oscura o el silencio? Tal vez el ruido insoportable de la ciudad. Estar aquí y escuchar la voz de un gatito. Un grito chillante. La falta de batería de tu teléfono en esta lluviosa y húmeda madrugada. El olvido. No despertar o perderte en un bosque de noche. A ti, ¿qué te da miedo? Salir y no ver tu camino o la razón de tu vida. Y a ti, ¿qué te aterra?

Y continuó diciendo:

—Te da miedo la soledad frente a tu escritorio. Las palabras no comprensibles, la ausencia de ideas. Se termina la hora y sigues borrando cada línea. ¡Acaba de una vez! Escribe la última nota de tu investigación. Deja salir ese pensamiento final antes de tu partida —le susurraba al oído el felino empalagoso— y no esa temerosa maltrecha y putrefacta idea de dejar tus experimentos. ¡Hazlo! Solo escribe tu conclusión final. Aquí es de noche, allá no lo sé.

¿Quieres jugar? Es sencillo. Hay dos cajas y cada una tiene una moneda; una es de color azul y la otra es verde. Ahora cierro la caja, son idénticas. Las mezclo. Toma una, la que más te guste. Ahora abre y descubre el color de tu moneda. Al instante, sabrás algo de mí. Obvio, el color de mi moneda. Así funciona un experimento aleatorio. Ciego e instantáneo. Podremos coincidir o no, pero de igual manera ahora existe una conexión. Anda, juguemos. Soy un gatito...



Ese día salía a fumar un poco. El frío era terrible y mis manos temblaban. Me senté en la banqueta, justo afuera del laboratorio. Tenía mucho frío, titiritaba y padecía insomnio. Moje un poco mis labios secos y heridos. Recordé una bella canción, lo perfecto de su melodía bien estructurada. Embonábamos muy bien y nos estimulábamos. Aromático y adictivo, tembloroso y alucinado con los resultados de mis experimentos. Mis labios de pronto articularon «¡Eureka!», y la noche entonces, se esfumó.

Ahí estás, apenas puedo ver tu lorica. Hermosa... como lo recuerdo. Pero, un momento, ¿quién es él? ¿Qué hace aquí? No lo entiendo, pero ¿cómo llegó aquí? Espera un momento, él fue, el nuevo estudiante contaminó los cultivos. Te consideraba mi amigo del grupo de investigación. ¿Por qué lo hiciste? Terminaré estas placas de cultivo; después, enterraré los recuerdos. Me iré, no sin antes encender un cigarrito para que se esfume este momento.



Despertó después de la escalofriante madrugada. En su interior se reproducía y se esparcía por sus venas una sustancia oscura, un tanto sombría. Por la madrugada fue infectada, lastimada. Su alma fue contaminada por la sombra. El ser

abominable de las sombras se introdujo en su habitación e hizo de las suyas. La hizo desde entonces su huésped. La eligió a ella, o tal vez, ella lo eligió a él, pero aún no lo sabía. Su destino, su historia como comenzaba, la sustancia oscura estaba en su interior; un vector fue el que la picó. La sustancia oscura fue inyectada en su ombligo, crecía y acaparaba todo su interior. Sus órganos se torcían y el dolor, la fiebre, el sudor y los escalofríos la absorbieron en la oscuridad de toda su pureza y bondad. La sustancia modificó el color rojo de su sangre, ahora era azul escarlata. Su piel se hizo brillante gracias al reflejo de la luna, Sus ojos negros se tornaron más oscuros. Su hermosura se magnificó y su figura se esculpió. Así se completó su transformación.



Con mi lámpara en el lago kárstico y la lluvia alrededor, me movía en la lancha llena de luciérnagas. La luna y una lágrima lapidaban mi lúcida larva. Este lenguaje fue un látigo; más bien, un lazo que logró una lesión, loable lección. En la lancha labró mis letras lijadas en leña de laurel. La lenta lluvia se largó y un aumento me levantó; la luna y su reflejo se lavaron. Ese día se secaron mis células, cada intento tomó más tiempo e irritación. Cansa y duerme. Intentos y más intentos. No llegamos a nada. El tiempo, el descuido, los indescifrable. La vida misma. Soplaron la llama del cirio de la esperanza o el fuego de una fogata. En consecuencia, el frío congeló nuestros nervios y no hubo estímulos ni sensaciones. Ojalá no existiera la sustancia oscura, ojalá mis experimentos funcionen esta noche.



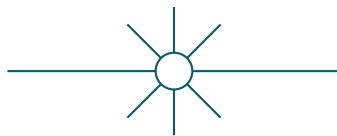
Se preguntarán la hora exacta al momento de mi transformación.

Así lo llamaré desde ahora: el instante.

Ocurre aleatorio y todos hemos despertado a esa hora, en ese instante donde nuestra lógica es destrozada y nuestra fe es el último vaso de agua. Hasta aquí, para todos, ese instante duró en términos de lapso, sesenta segundos. Yo le llamo el instante donde todo comenzó y todo deja de existir. Algunos lo llamaban el Big Bang, la singularidad.



Dígame qué debo escribir en su anuncio. ¿Ya sabe qué va a decir? Sí lo sé. Entonces dígamelo. Espere un momento, estoy haciendo unos últimos ajustes. Está bien, no tarde. Hay fila. Lo sé. Disculpe. Apresúrese. Voy. No me deja terminar si continúa insistiendo. Debo hacerlo. Hay fila o lo olvidó. No lo olvidé, lo que estoy olvidando es el ajuste. Entonces no lo ajuste y así déjelo. No, ya no hable. Ya lo olvidé. ¿Lo ve? ¿Por qué es así? Olvídelo. Mañana regreso. Adiós.



La «chica con el tatuaje de luna» y la «chica con la sustancia oscura»

Dos eventos aleatorios sin orden ni casualidad se unieron en uno único e irreplicable. El instante donde todo cambió en su universo. Su historia y su nueva personalidad, así como su transformación fantástica, estaban ligadas a un lago kárstico, a una sustancia oscura.

Esa noche, ya muy de madrugada, la vida de dos jóvenes estudiantes cambió por completo.

Inicialmente relataré cómo aconteció la primera transformación. Después, la otra.

La joven despertó esa madrugada, específicamente a esa peculiar hora conocida como la «hora marcada». Una singularidad tal vez, el momento exacto donde comenzó el Big Bang, que aún existe en el instante, en el tiempo, y sigue siendo algo especial. Yo le llamo «el instante donde todo comienza y todo acaba».

Salió del sueño porque tenía una sed incontrolable; sus labios secos y pegados la hicieron ir al lago kárstico para beber un poco de agua y enjugar su cara.

Esa noche la luna menguaba. Desde el espacio se observaba; se veía y admiraba cómo su silueta era perfecta y nítida. Su matiz y su resplandor se dibujaban esa noche silenciosa y calmada sobre el espejo que forma el lago kárstico.



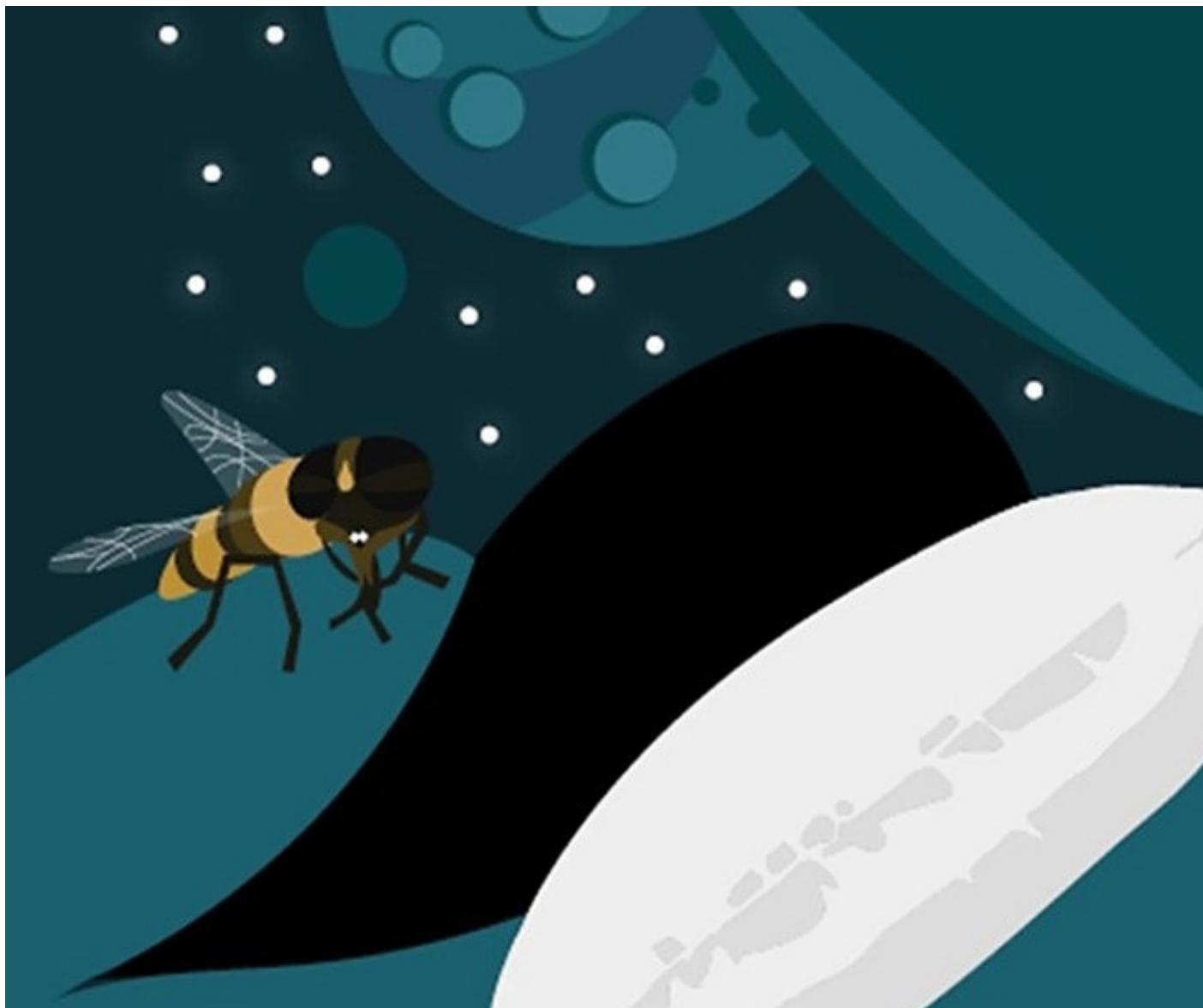
Entonces, cuando llegó al litoral, la joven se arrodilló y sumergió su rostro en el agua. Al instante se creó una distorsión del lente, del espejo de la luna.

Ella se disgustó, se enojó al punto de dejarle una marca a la joven en el rostro, un tatuaje lunar.

Ella sintió arder su cara, a tal punto de caer desmayada por el dolor. Lo que no sabía era que, con ese tatuaje, había adquirido habilidades asombrosas, pero no del todo agradables;

así lo había planeado la Luna ese día por el disgusto.

Al amanecer despertó a un lado del lago kárstico. Cuando se observó en el lente de agua notó un tatuaje de la luna menguante que cubría la mitad de su rostro. Se asustó y pensó que había sido un sueño, pero no fue así, todo era realidad. Mientras se dirigía a la casa de campaña para despertar a su compañera de exploración, notó algo diferente: se veía espectacular y algo brillaba en su piel e interior.



En la casa de campaña, su compañera dormía profundamente.

A la misma hora que su compañera salía rumbo al lago kárstico, la joven exploradora que permanecía en la casa de campaña despertó. Al notar la ausencia de su colega, abrió la puerta y la dejó así para cuando regresara.

Sin sospechar, permitió que entrara un extraño bicho, un animalejo muy grande para ser un insecto. Era un tábano que, en el primer descuido que tuvo la chica, le inyectó una sustancia oscura en el ombligo.

Progresivamente fue creciendo y acaparando todo su cuerpo. Sentía cómo sus órganos se retorcían y le provocaba dolor; a esto había que sumarle la fiebre, el sudor, los escalofríos... todo en oscuridad. Esa sustancia le absorbió toda la pureza y bondad.

Otro signo fue la transición de la sangre roja a azul escarlata. Asimismo, su piel se tornó brillante, así como sus ojos se percibían azul marino, muy oscuros y con un halo brillante

y un iris color perla. Una figura esculpida y la magnificación de su hermosura, completaron la transformación.

Después de esa escalofriante madrugada, al despertar notaron que en su interior se esparcía una sustancia oscura en sus venas y en su piel tenían una marca.

Recogieron todo y, desesperadas por lo que acababa de ocurrir, dejaron el sitio para retornar al laboratorio y así, analizar las muestras y platicar con su investigador a cargo sobre lo que aconteció la noche anterior.

En el trayecto abordaron el tema. Las miradas eran de asombro y temor. Ahora sabían que ya no eran las mismas personas. Lo que hoy eran les hacía sentirse en un halo de misterio, pues todo era muy extraño. El nerviosismo las tenía presas y sus sentimientos se hallaban para impactarse contra la felicidad que experimentaban paralelamente por concluir la exploración de más de diez días en aquel lago kárstico. Consigo llevaban una gran cantidad de microbots y pronto, escribirían su tesis de investigación.



La «chica policía» y el detective «cabeza de muñeco»

Esta es la historia sobre el nacimiento del detective «cabeza de muñeco».

Con apenas un año de servicio resolviendo casos sencillos relacionados con incógnitas inusuales y para nada interesantes, el detective J. se aburría en su trabajo. Nada encantador y apasionante le sucedía, o era tal vez que nadie lo contrataba para resolver misterios inexplicables.

Sin embargo, lo que sucedería en los próximos seis días, cambiaría su vida.

Antes de avanzar o llegar al desenlace de la historia, es importante describir al detective J.

Era joven, seguro e inteligente. Bastante deductivo, autodidacta y profesional. Amaba al café más que a nada en el mundo y viajaba en bicicleta. Siempre vestía de pantalón café caqui, tipo táctico y con bolsillo reforzado para cargar con su celular y bitácora u otros aditamentos. Su marca personal era usar playeras negras con estampados divertidos. Sus tenis con agujetas y suela de caucho (tipo Converse) eran los clá-

sicos azules. Ese era su uniforme que acompañaba a veces, y solo a veces, con una sudadera con cremallera reforzada; cuidaba que siempre estuviera así. Su guardarropa era simple. Eso le daba minutos valiosos para enfocarse en sus casos.

Día 1

El detective J. despertó temprano porque el teléfono sonó. Contestó, hizo sus notas y se alistó rápido. Esta vez era un caso inusual. Tomó su bicicleta y fue de inmediato al lugar de los hechos, donde ya habían llegado las policías.

Se acercó a la escena del crimen. Una oficial lo detuvo. A pesar de contar con un permiso especial, no lo dejaría averiguar. Como había sido contratado para tal fin, el detective insistió hasta que logró entrar.

La «chica policía», un tanto disgustada, pero sin perder su amabilidad, acompañaba al detective J. Ambos exploraron la escena del crimen.

El investigador privado observaba todo a detalle. La «chica policía», igual.

Esa similitud dejaba entrever cierta afinidad, pero no sabían que eran el uno para el otro.

—Violento, pero limpio. Escalofriante, pero armonioso —dijo él.

Ambos se preguntaban qué diantres había sucedido ahí.

La «chica policía» recogió con sus guantes de látex un llavero «cabeza de muñeco».

El detective J. escribió en su bitácora: «El llavero es un Funko».

Tras esa anotación, decidieron dejar de revisar la escena y salieron. Se miraron fijamente y algo sucedió; podría ser algo insignificante, pero en ese instante todo iniciaba y todo acababa.

Día 4

El detective J., después de analizar todas las evidencias e ir desenmarañando el hilo de la incógnita del asesinato, por fin tenía una respuesta. Tan pronto como le fue posible, salió de su apartamento en búsqueda de la «chica policía» para contarle su descubrimiento.

Al llegar a la estación se dirigió a su oficina, pero no estaba ahí. Preguntó a un par uniformados que le dijeron que estaba en el sótano de las evidencias. Así que se dirigió hacia allá. La encontró revisando e hilando todas las evidencias.

Observándola desde la oscuridad de la entrada de la habitación, decidió interrumpirla con un tono de voz alegre. Le dijo a la «chica policía» que había resuelto el crimen y, por ende, ya no tenía que continuar con su labor.



Ella volteó y lo miró con esa mirada deslumbrante que tenía, con esos ojos verde lucero.

—También lo he descubierto —dijo ella.

Ambos cruzaron miradas, pues sabían algo, aunque no la respuesta completa del caso. Faltaba una evidencia, o más bien, una respuesta.

—¡El llavero! —exclamaron al unísono.

Día 6 (por la mañana)

La «chica policía», de cabellera corta y ondulada, de ojos verde lucero, cuerpo atlético y piel canela, había resuelto el caso, pero el llavero no cuadraba en la ecuación.

Optó por llevarse la evidencia a su casa y pensar en ella. Dejó el objeto en su habitación y, mientras tanto, bebía su cacao con menta. Pensaba en

el arrogante detective J., en lo entrometido que solía ser, pero aceptaba que era bastante deducativo y empleaba bien la lógica. Había logrado entramar el misterio.

Día 6 (por la noche)

El detective J. había recibido una llamada muy temprano. Se levantó rápido para contestar. Del otro lado, una voz grave le advertía del llavero.

Al terminar la llamada, se lavó y pronto se vistió para ir a buscar a la «chica policía».

No la encontró en la estación, así que pensó en ir a visitarla a su casa; le habían dicho que no trabaja ese día y que decidió revisar las evidencias en su hogar.

El detective J. pensaba que en su bicicleta no llegaría a tiempo. Era importante hablar con ella lo más pronto posible, pero en persona. Tenía que tomar el tren, un taxi o el autobús. Se decidió por la primera opción, pues le llevaría un par de horas. La «chica policía» vivía a las afueras de la ciudad. A él, no le gustaba el bullicio.

Ya estaba oscureciendo. Descendió del tren y bajó rápido del compartimento su bicicleta. A toda velocidad se dirigió a su destino. Al llegar, tocó desesperadamente la puerta.

La «chica policía» salió en pijama y se sorprendió al ver al detective J., quien le pidió por favor que le entregara el llavero. Ella no entendía por qué sabía que lo tenía y tampoco recibía explicación del por qué debía entregárselo.

Él entró sin ser invitado, provocando la molestia de la anfitriona. Buscaba el llavero con desesperación.

—¿Dónde está? ¡Dámelo! —profirió.

Ella no entendía nada. Mientras que él, desesperado, arrojaba todo a su paso.

—¿Te refieres al llavero «cabeza de muñeco»? — cuestionó la «chica policía» al detective J., con voz preocupada.

Fue a su habitación y lo tomó de un estante donde lo había colocado. El detective se lo arrebató, tomó un vaso de agua y lo sumergió.

Al instante, una sustancia oscura se disolvió y salió del llavero, creando una nube de color entre negro y azul marino, la cual nubló el interior de la casa.

La «chica policía», hábil e intuitiva, corrió hacia afuera y llamó al número de emergencias. El detective J. quedó atrapado dentro. De alguna manera lo había succionado la densa nube creada de la sustancia oscura.

Cuando llegó el vehículo de emergencias, la nube se había disipado.

La «chica policía», un tanto alterada, gritaba que se había quedado dentro el detective J.

Cuando revisaron, no estaba ahí. Solo un llavero «cabeza de muñeco» en un vaso, ya sin agua.

Ella estaba desconcertada. No entendía qué había ocurrido. Pensó por un momento que se trataba de una broma, por cierto, de mal gusto. La rapidez de lo acontecido no la ayudaba a entender nada en ese momento.

Después de ese percance, se sentó en su sala para observar el llavero y pensaba en lo ocurrido. Seguía sin entender nada.

Decidió irse a dormir. Antes de hacerlo, se planteó que cuando amaneciera debía ir a la casa del

detective J. Más tarde se reportaría en las oficinas de la estación de policía.

Tras despertar salió al jardín. Ahí encontró la bicicleta del detective J. en un rincón. Su conclusión era que sí había estado ahí por la noche y desaparecido misteriosamente.

Subió a su vehículo y decidió anticipar su visita a la estación. Tras no encontrar noticias ahí, partió hacia la casa del detective.

Ahí tampoco había nadie. Entró y constató que el sitio estaba desolado.

La «chica policía» notó sobre el escritorio una nota relacionado con el llavero «cabeza de muñeco».

«El llavero es una bomba y se desactiva al tener contacto con el agua».

Tras leer esa frase comprendió por qué el detective J. metió el llavero en el vaso con agua y la urgencia de hacerlo. Pero eso no explicaba dónde estaba él.

De inmediato fue a levantar un acta por la desaparición. Solo así procedería su búsqueda.

Las pesquisas duraron días, meses, y así, se cumplió un año. No lo hallaron. Todo era un misterio.

Una tarde, la «chica policía» recordaba la desaparición del detective J. Tomó el llavero «cabeza de muñeco» entre sus manos. Se preguntaba cómo es que ese objeto podía ser una bomba.

La curiosidad la invadió. Tomó un vaso con agua y sumergió el llavero.

Del artefacto surgió un espectro. El cuarto se

iluminó con un tono azul brillante. Por un momento la «chica policía» quedó cegada. Al recuperar la vista, frente a ella se materializaba el detective J. ¡No lo podía creer!

¿Cómo era esto posible?

Asustada, se levantó del sofá y se acercó a él.

—¿Por qué tardaste tanto en sacarme de ahí? —le dijo el detective J. con una sonrisa en su rostro.

—¿De qué hablas? —le increpó extrañada la «chica policía».

—De esto, de lo que acaba de ocurrir. Ahora soy un espectro atrapado en un llavero «cabeza de muñeco».

—¿Es una broma?

—¿Cómo podría serlo? ¿Acaso no observas que soy un espectro, «chica policía»? Llevo un año así. Al principio no lo comprendí, pero después de meses de serlo, entendí todo. Además, debo decirte que no ha sido del todo mal —agregó el detective J. mientras le dirigía una picarona sonrisa—. He estado aquí observándote desde hace doce meses. Y debo decirte que eres muy obsesiva con la limpieza.

—¿Me has estado espiando?

—No lo definiría de esa manera. Más bien, he estado atrapado a ti. Técnicamente no he podido alejarme mucho de tu casa. Un día, de hecho, durante los primeros, quise ir a mi apartamento, pero entre más me alejo, más me desvanezco y siento que dejo de existir. Después de unos meses, me gustó y me acostumbré a ser un espectro. Tienes sus ventajas, por ejemplo, puedo ver cosas que nadie ve; además, no me da hambre, ni sed —detalló el detective J.

Un silencio necesario le ayudó a reordenar sus ideas.

—Lo que no sabía —añadió— era que al sumergirme en un vaso con agua podría materializarme y verme. Tal vez, si me sacas, dejarás de hacerlo. Es solo una hipótesis, no lo sé. Podríamos intentarlo. ¡Anda, hazlo «chica policía»! —le imploró el espectral detective.

Entonces, un tanto timorata, lo hizo. Inmediatamente desapareció ante sus ojos.

Nuevamente lo sumergió y emergió. Lo repitió tantas veces, pues era divertido, aunque ya no salía el resplandor inicial.

—¡Increíble! Lo sabía, lo deduje. ¡Vaya! ¿Quién podría imaginar esto? Que solo con agua pudieras verme y sin ella no. Pero eso no significa que no esté. Para tu desgracia, o la mía, o la de ambos, sigo conectado a un llavero. Aún no estoy seguro si estoy vivo o muerto, pero sé que puedo conversar con algunos fallecidos. Una gran ventaja, ¿no crees?

La «chica policía» dejó escapar una mueca de desaprobación.

—Así he pasado este año, conversando con algunos muertos, pero no te asustes. Piensa, se lógica. Tal vez lo primero que debemos hacer es descubrir por qué me engañaron y cómo sucedió esto. ¡Tú me ayudarás a resolverlo! —casi le gritó de emoción—. Tengo un plan: debemos ir a mi apartamento y después, al sitio del asesinato donde encontramos el llavero. Mañana temprano lo haremos.

—Pero el caso ya se cerró, el lugar fue rehabilitado. Y tu apartamento, bueno, ese lo vendió tu casero —respondió la «chica policía».

—¿Qué? ¿Por qué hicieron eso? —farfulló el detective J.

—¿Qué esperabas? ¡Llevas un año desaparecido!

—Está bien —dijo un tanto triste y resignado.

La «chica policía» dejó en el vaso con agua el llavero «cabeza de muñeco» y se fue a dormir.

Al día siguiente, notó que el agua se había evaporado un poco y el detective J., más bien, su espectro, no tenía cabeza. La imagen era muy divertida.

Lo sacó del vaso y llevó consigo.

El detective «cabeza de muñeco» por fin salía más allá de lo que había podido recorrer durante un año.

El día de la transformación de detective J. a detective «cabeza de muñeco»

—¡Corre! Escapa, «chica policía» —gritaba desesperado el detective J. mientras una nube lo envolvía, y a la vez, lo desaparecía para transformarlo en un ente espectral—. ¿Qué sucede? ¿Qué es este humo? Mi cuerpo se desvanece.

Al otro día, despertó en el sofá de la «chica policía». Era temprano y ella desayunaba.

—¡Dime qué ocurrió ayer, «chica policía»! ¿Acaso no escuchas lo que digo? ¡Hola, escúchame! ¿Qué está sucediendo? Respóndeme, contéstame, por favor.

Todos los esfuerzos para comunicarse fueron en vano. El detective J. era ahora un espectro y, a pesar de que hablaba todo el tiempo, ella no

podía escucharlo. Él trataba de entablar diálogo con ella, pero nunca lo consiguió. Así fueron pasando los días, semanas y meses.

El detective J. se la pasaba observándola todo el tiempo. Cuando iba trabajar, cuando retornaba y, sobre todo, cuando leía.

Se dio cuenta que, al salir de ahí, de la casa de la «chica policía», podía hablar con los muertos. Les preguntaba qué era lo que hacían, pero ellos parecían extraños, raros y hablaban poco; sin embargo, había algunos que no paraban de hacerlo... había de todo. Decidió que era mejor no comunicarse más con ellos, pues resultaba un tanto aterrador y desgastante ya que nunca llegaban a nada esas conversaciones. Hablar con ellos no era nada especial. Sin embargo, ser un espectro era único, podía atravesar la materia y la energía, no tenía hambre ni dolor, mucho menos sueño. Podía leer, ver y hacer todo sin aburrimiento; tenía el tiempo a su disposición, pero era difícil tomar las cosas entre sus manos. Básicamente, dependía de otros, en específico de la «chica policía».

Los días transcurrieron hasta el momento en que ella decidió usar el agua y por fin pudo materializarse. Solo ella podía verle, nadie más. Era algo extraño, un vínculo inusual o una extraña singularidad.

A la mañana siguiente, la «chica policía» y el detective «cabeza de muñeco» salieron de la casa por primera vez. Fueron a la estación de policía.

Todos notaron la felicidad de ella, pero era un poco extraño que llevara colgado el llavero en su cinturón.

La «chica policía» fue asignada a un nuevo caso, aunque tenía en mente continuar con el

del detective «cabeza de muñeco». Esta misión era sobre la desaparición de dos jóvenes estudiantes. La última vez que las vieron fue en su departamento, así que se dirigió hacia allá.

Al llegar, notó que había una sensación de pesadez. Incluso, su cuerpo se sentía muy aletargado, como si fuera cuesta arriba.

No había muchas evidencias. Solo una extraña marca gris en el techo.

Entonces se le ocurrió invocar al detective «cabeza de muñeco» para conocer su opinión. Sabía que siempre estaba a su lado. Tomó un vaso con agua y sumergió el llavero.

—Hola, detective J., ¿cómo está? —le preguntó.

—«Chica policía», debes avisarme o darme un poco de tiempo para subir al auto. Tuve que correr detrás de ti todo el camino. Por fortuna soy un espectro y no me canso, pero si te alejas de mí, me desvanezco. Espero pronto ser humano otra vez.

—Lo siento mucho. Además, ¿cómo saber qué estás haciendo si no puedo verte? Solo lo hago cuando estás dentro del agua.

—Pues podrías tenerme en agua todo el tiempo; al parecer solo tú me ves, nadie más.

—No es mala idea ahora que lo pienso, pero prefiero no verte todo el tiempo, solo cuando a mí me plazca.

—Está bien —dijo resignado el detective J. Sin más remedio, estaba unido a ella y bajo su control, pensó.

—Entonces, ¿qué opinas de este caso? —le preguntó.

—Me parece muy extraño eso que se ve en el techo. Todo indica que fue una explosión, pero es muy confuso que esté ahí; debería estar por todos lados, ¿no crees?

—Opino lo mismo, detective J. Pensé que, al ser un espectro, podrías darme más información sobre la escena del crimen.

—¿Es en serio? Para nada. Veo lo mismo que tú, solo con la única diferencia de que puedo atravesar paredes y otras cosas más.

—Pues ve detrás de las paredes. Tal vez encontremos algo —sugirió la «chica policía».

—Intentaré hacerlo, pero no me gusta tanto el atravesar paredes. Siento una presión poco confortable en mi cuerpo. Prefiero usar las puertas. Sin embargo, lo haré.

Tras un conciso silencio se oyó:

—«Chica policía», tenías razón. Aquí, justo aquí. Es muy extraño. La sustancia fluorescente que he notado que desprendo cuando atravieso las paredes, es idéntica a la impregnada en el techo. Así me doy cuenta por dónde he pasado y, al parecer, alguien más como yo atravesó estos muros. Tal vez, otro espectro como yo. Fantástico, ¿no crees?

—Todo esto no tiene sentido —exclamó la joven—. ¿En serio, detective J.? ¿Es todo lo que tiene que decir? ¡Por favor! Estamos aquí para explicar lo que ocurrió— soltó de forma desesperada.

—Lo sé, pero no hay más indicios. Posiblemente deberíamos preguntar a los vecinos. Ellos podrán darnos un poco de evidencia. Por cierto, toma aquel GPS, podría ser una de las claves.

La «chica policía» y el detective «cabeza de muñeco» salieron de la habitación rumbo a la estación policial. Ahí harían en reporte del caso de las chicas desaparecidas, que parecía ser casi imposible de resolver. Tal vez la ayuda de él sería fundamental para esclarecer el panorama del misterio.

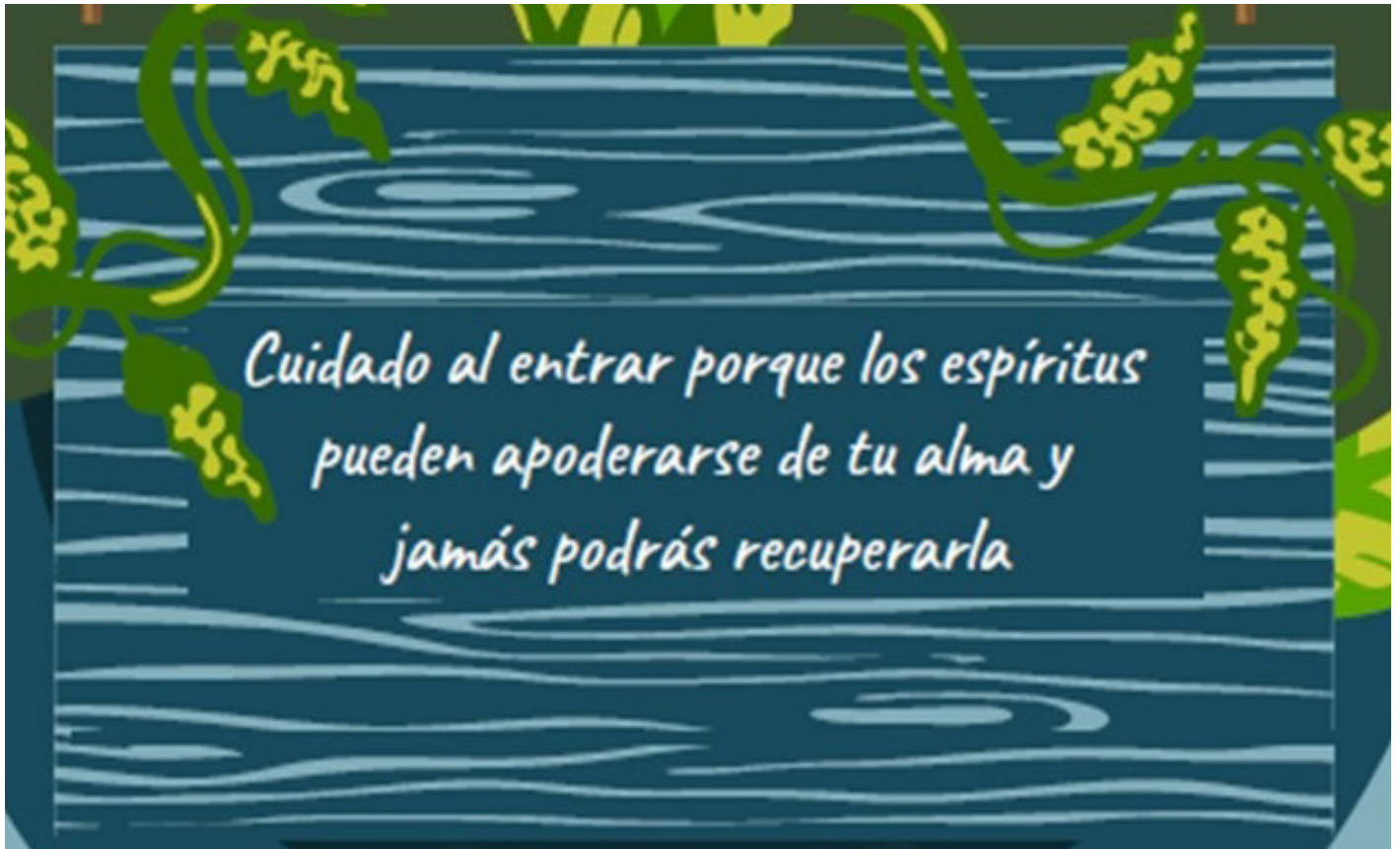
Más tarde, mientras ella redactaba el informe de evidencias, recordó que había algo inusual en el ambiente. De último revisó el GPS y sacó todos los puntos de las coordenadas que habían sido guardados en la memoria e hizo un mapa en el que destacaba uno en especial que decía «La Especie Ancestral». El lugar era un lago kárstico y ahora era el principal indicio.

Decidieron que el día siguiente sería idóneo para explorar el sitio y saber si allí habían desaparecido las jóvenes.

La «chica policía» ya había escuchado sobre que los lagos kársticos, lagunas y cenotes, suelen ser peligrosos. Entonces, cabía la posibilidad de que estuvieran ahí, pero no eso explicaba la sustancia gris en el apartamento; era algo aún indescifrable.

«Tal vez la clave para explorar el sitio sería el detective J., pues al ser un espectro, podía desempeñar la tarea en toda el área; es decir, se sumergiría y posiblemente las encontraría en el fondo. Pero, ¡qué terrible fin para ellas! Espero que no sea así y solo sea mi hipótesis», pensó.

Al llegar el día, acudieron al lago kárstico para investigar el hecho. Mientras arribaban, notaron que en la entrada había un letrero que advertía: «Lago ancestral. Cuidado al entrar porque los espíritus pueden apoderarse de tu alma y jamás podrás recuperarla».



La «chica policía» colocó al detective «cabeza de muñeco» en un vaso con agua y se materializó. Le pidió que explorara todo el lago kárstico.

Él lo hizo muy rápido, no tardo mucho tiempo en recorrerlo, pero no encontró indicios o pruebas de las dos jóvenes. Eso significaba que no habían sido arrojadas o que se hubieran ahogado.

Al interrogar a los encargados del lugar, les dijeron que, en efecto, ellas sí habían estado ahí explorando durante varios días haciendo recolección de agua o bichos; no sabían a ciencia cierta qué tipo de muestras eran, solo tenían la certeza de que eran para una investigación del CICY. Juntas, habían partido instantes antes, muy misteriosas y apresuradas.

Con este testimonio, se dirigieron lo más rápido que pudieron al CICY.

Los encargados de la vigilancia los canalizaron a la Unidad de Ciencias del Agua, a la que pertenecían las jóvenes extraviadas. Ahí interrogarían al investigador que estaba a cargo de ellas, sin embargo, todo dio un vuelco extraño: ahí estaban las dos, solo que una con un tatuaje de luna en el rostro y la otra, con un color de piel extraño y deslumbrante.

La «chica policía», el detective «cabeza de muñeco», las dos jóvenes (que ya no eran desaparecidas) y el investigador, permanecieron reunidos en el laboratorio. Algo raro estaba ocurriendo.

No quedaba claro por qué habían sido reportadas como desaparecidas. Además, ¿quién había sido el responsable de levantar la denuncia?

Nada cuadraba. ¿Quién los reunió ahí y para qué?



El hecho, que todos desconocían, era que se estaba conformando un grupo de trabajo, un equipo que tendría implicaciones importantes más adelante y que salvarían al *Universo Zooplanktástico*.

Sin más y de forma intempestiva, un joven muy enigmático, sonriente, alto y con pinta de explorador espacial, entró a la habitación. En sus manos llevaba una bitácora espacial.

—¿Ustedes conocen a Ariel? —dijo con tono cautivador—. Lo siento, no me presenté. Soy Rodolfo y encontré esta bitácora de investigación en la selva de Calakmul. Dice que pertenece a alguien que trabaja en este laboratorio.

Rompiendo el silencio, el investigador, ataviado andrajosamente con su bata de laboratorio y sus lentes algo oxidados, sonrió y dijo con voz efusiva:

—¡Ahora todos estamos reunidos!





Parte 3

El Universo

Zooplanktástico

Tras llevar la bitácora espacial de Ariel y conseguir que aceptaran ser parte del grupo de trabajo, Rodolfo explicó a los integrantes la misión que debían cumplir y pidió su ayuda.

Él era un explorador galáctico que provenía de la galaxia M31. Había viajado a través de un gusano espacial que conectaba a su galaxia con la nuestra. Formaba parte de una agencia de exploración de la vida microscópica que estaba estudiando el origen de la desaparición de las especies y la interrupción de la conectividad y el flujo evolutivo en los planetas, lo que ocasionaba una reducción de la vida en el universo. Su objetivo era encontrar el origen de tal catástrofe.

La agencia comisionó a Rodolfo a indagar en la Vía Láctea para realizar los estudios pertinentes. Fue así como llegó a la Tierra y encontró la bitácora de investigación de Ariel, quien había realizado increíbles avances para identificar la especie ancestral.

La colisión de ambas galaxias facilitaba la comunicación y los viajes espaciales. Los agentes aprovecharon la modificación de los gusanos interestelares. Sin embargo, la agencia no era la única que realizaba traslados por esos sitios, también lo hacía la vida; por ahí atravesaban meteoros, polvo estelar y cometas que aguardaron mucho tiempo vagando por el universo. Desafortunadamente, en los últimos siglos había disminuido la cantidad de especies interestelares viajeras. El choque de galaxias creó una conexión propicia para la vida, el espacio y el tiempo, así como para la energía y la sustancia oscura.

La galaxia M31 y su agencia de exploración de microorganismos acuáticos debían encontrar el origen de la especie ancestral, ya que así se reiniciaría la evolución del resto de las demás especies. El grupo de trabajo, recién conformado,

sabía que tenía el compromiso de contribuir a salvar la vida microscópica en el universo.

Luna, la «chica con el tatuaje de la luna»; Azul, la «chica con la sustancia oscura»; el detective «cabeza de muñeco» y la «chica policía», junto con Rodolfo y el investigador, se dispusieron a construir un laboratorio espacial para emprender la misión que también requeriría de un ingeniero y un piloto a cargo. Habían escuchado de las hazañas de Ely e Ícaro, dos hermanos que tiempo atrás habían surcado la galaxia. Y obvio, había que encontrar a Ariel, ya que ella tenía la clave del origen de la especie ancestral.

En su nave espacial, Rodolfo, junto con el detective «cabeza de muñeco» y la «chica policía», se dirigieron a las lunas de Júpiter a encontrar a Ariel. Sabían que allí había sido el último lugar desde donde la joven había enviado un mensaje que contenía hallazgos de su proyecto al investigador de la Unidad de Ciencias del Agua del CICY.

Paralelamente, Luna y Azul irían en busca de Ícaro, quien se encontraba en el planeta azul. Se sabía que él era el ingeniero más importante sobre la faz de la Tierra y construía increíbles naves y estaciones espaciales. Era el indicado para realizar el diseño y operación del Laboratorio Interestelar. Con él, esperaban que se sumara su hermana Ely, una chica que destacaba por ser una gran exploradora de grandes ideas.

Por su parte, el investigador, que era un poco anciano, decidió quedarse en el laboratorio para efectuar un último experimento que le ayudaría a reiniciar la historia evolutiva de las especies.

Así, poco a poco, cada pieza se iba acomodando en su lugar. De esta manera comenzaban las aventuras en el *Universo Zooplanktástico*.

Ariel en las lunas de Júpiter

Rodolfo, la «chica policía» y el detective «cabeza de muñeca», avanzaban por el universo en su exploración interestelar en busca de Ariel.

—¡Ten cuidado, «chica policía»! Estamos entrando a la órbita de Júpiter y su campo gravitatorio es inmenso. La nave está diseñada para soportar eso y más, sin embargo, el aterrizaje en Europa será difícil, sobre todo por las eyecciones de vapor de su superficie —le advirtió Rodolfo—. Por favor, ajusta tu cinturón. Esta maniobra será muy complicada por las condiciones —insistió para prevenir algún accidente.

Tras una serie de movimientos erráticos que le permitió controlar la nave, violentas sacudidas y uno que otro mareo, Rodolfo gritó:

—¡Lo logramos, hemos aterrizado! Ahora tenemos que dirigirnos cinco kilómetros más al sur de la posición actual. Nos toca caminar bastante hasta llegar al campamento de Ariel. «Chica policía», no olvides revisar tu traje

espacial. Aquí la radiación es muy peligrosa. Apresurémonos, hay que ganar tiempo para evitar la oscuridad —advirtió.

Los pasajeros, incluido el detective «cabeza de muñeco» que permanecía dentro del llavero, se alistaron perfectamente para emprender una caminata de casi seis horas. Así comenzó la búsqueda de Ariel en la luna Europa, satélite natural de Júpiter desde donde provenía la última comunicación que contenía un reporte dirigido al investigador de la Unidad de Ciencias del Agua del CICY.

Cuando arribaron al campamento notaron que estaba abandonado. Parecía que desde dos o tres días atrás se había detenido la actividad ahí; de Ariel ni su rastro, aunque era seguro que era suyo el espacio. Tal vez estaba realizando alguna exploración cercana o, en el peor de los casos, había partido.

Entonces, la «chica policía» sacó un vaso con agua, colocó en su interior el llavero y emergió el detective «cabeza de muñeco». Él sería el

encargado de realizar una exploración exhaustiva y veloz por toda la zona.

Mientras hacía gala de su habilidad espectral el detective, Rodolfo aplicó algunos ajustes a los vehículos tipo bicicletas interestelares que Ariel tenía ahí y que servían bastante para ese tipo de terrenos. La «chica policía» analizó todas las evidencias recolectadas de lo que había alrededor del campamento.

Gracias a ellas dedujo que Ariel, al parecer, se había dirigido a la zona oscura, específicamente a una gran grieta que estaba a poco más de un kilómetro.

Los indicados para ir a ese sitio eran la «chica policía» y el detective «cabeza de muñeco», solo que no tenían que separarse para nada, pues recordemos que, si esto sucedía, él desaparecía. Cuando Rodolfo terminó de ajustar una bicicleta, ambos partieron. Mientras tanto, el explorador espacial se quedó a darle mantenimiento

a la nave para salir sin contratiempos en dirección al planeta azul.

La «chica policía» y el detective «cabeza de muñeco» llegaron a la zona de exploración. Inmediatamente resaltaron pistas interesantes. Ariel había colocado unos arneses para bajar a un río subterráneo o gran grieta que se había formado por un impacto. Antes había un cráter, aún se sentía el vapor y se escuchaba el correr del agua.

Al descender, quedó de manifiesto que era un río subterráneo con fuerte caudal. Pero no era el único descubrimiento importante, el equipo de Ariel estaba dispuesto en una porción de tierra. Era seguro que la joven estaba cerca.

Tomando un poco de agua, la «chica policía» hizo aparecer al detective «cabeza de muñeco». Usando su don espectral, se sumergió y comenzó a nadar por todos los resquicios del río. Halló criaturas muy extrañas, algunas microscópicas.



Al mismo tiempo, la «chica policía», iluminando con una lámpara, se movía por el interior de la grieta; conforme avanzaba, el andar se complicaba por un camino de rocas. Ella no quería alejarse del detective «cabeza de muñeco», sino perdería su habilidad de permanecer debajo del agua o, en el peor de los casos, desaparecería.

Tras varios minutos que se convirtieron en horas de andar caminando por el río subterráneo, por fin notaron que alguien estaba en el interior de una caverna oculta al fin del trayecto. Experimentando un sentimiento de felicidad, las pulsaciones indicaban que era Ariel.

—¡Hola! ¿Eres tú, Ariel? —gritaron al unísono—. ¿Qué haces aquí?

—Sí, lo soy. Pero, ¿quién eres? —respondió.

—Soy la «chica policía». Vengo del planeta azul. Tengo algunas preguntas para ti.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó desconcertada.

—Historia larga. Fácil de contar, pero en verdad larga. Vámonos de aquí, necesitamos tu ayuda —contestó la «chica policía».

—¿De qué hablas? ¿Qué ayuda? No estoy entiendo nada de lo que dices ni lo que quieren de mí —reviró.

—Trataré de ser breve —dijo la «chica policía» tratando de ser paciente y preparando un tono explicativo—. El investigador de la Unidad de Ciencias del Agua del CICY nos envió para hallarte. Hay un proyecto en el que estás involucrada, tal vez sin saber. Necesitamos tu ayuda para encontrar la especie ancestral. Pero antes debemos terminar de construir un Laboratorio

Interestelar que servirá para aplicar el algoritmo de hibridación. Con eso se conservará la mayor cantidad de especies microscópicas. La vida del *Universo Zooplanktástico* se está acabando. Por eso es urgente que vengas con nosotros —concluyó exaltada.

—Comprendo —asintió Ariel un poco extrañada—, pero espera, tengo que terminar este muestreo. Es crucial porque está relacionado con los últimos indicios de la especie ancestral.

—No te preocupes. Tómate tu tiempo, nosotros podemos esperar. Si necesitas más ayuda, el detective «cabeza de muñeco» y yo, te podemos apoyar.

—¿Quién? —preguntó extrañada Ariel.

—¡Oh, lo siento! —respondió la «chica policía»—. Solo yo puedo verlo. Es un amigo que fue convertido en espectro que te puede ayudar a revisar toda la zona y decirte algunas cosas que no puedes notar.

—¡Perfecto! —contestó Ariel—. ¿Podría bajar hacia la zona más oscura y atravesar la parte del sedimento que no he podido alcanzar? Necesito una muestra de ahí, por favor —solicitó amablemente la joven.

—Lo lamento, Ariel. El detective solo puede echar un vistazo, pero no puede traer cosas. De todas maneras, ya te escuchó y verá que puede hacer. No debe tardar.

Tras unos minutos de espera, el detective «cabeza de muñeco» retornó.

—¡Ahí hay algo muy extraño, «chica policía»! Hay una gran cantidad de huevos microscópicos incrustados en el fondo de los sedimen-

tos. Eso debe ser lo que busca Ariel. La única manera de obtener la muestra es que, junto con ella, te sumerjas y extraigan un núcleo del material. Yo puedo auxiliarte y decirte exactamente en dónde se encuentra.

Descabellado, posiblemente, pero era la única posibilidad real en ese momento.

Así fue como se coordinaron los tres. Ariel fue la encargada de cargar una lámpara acuática, la voz del detective «cabeza de muñeco» fue la guía para la «chica policía». Entre las dos, haciendo uso de toda la destreza posible, extrajeron el núcleo y los quistes. Con la misma precaución que había imperado durante la misión, volvieron a la superficie lunar. El tiempo apremiaba y debían retornar al campamento para partir hacia el planeta azul.

Apenas puso un pie en el campamento, Ariel reconoció a Rodolfo. Lo había visto anteriormente durante alguna de sus tantas exploraciones; según recordaba, pudo ser en algún otro satélite. ¡Claro! La misteriosa nave de la agencia de la vida microscópica, esa era la clave.

Si creyeron que habría un momento de tensión, fue todo lo contrario. La química entre Rodolfo y Ariel fue natural; se armonizaron entre sonrisas, historias y anécdotas divertidas. Parecían una sola persona y esto mejoraría la relación en el grupo de investigación.

Como habían acordado, retornaron rápidamente al laboratorio de la Unidad de Ciencias del Agua del CICY. Ahí verían los avances del algoritmo de hibridación de especies y la construcción del Laboratorio Interestelar.



El Laboratorio Interestelar

La construcción del Laboratorio Interestelar estaría a cargo de Ícaro. Para esto, Luna y Azul tomaron el vehículo híbrido solar todoterreno del CICY y emprendieron un interesante viaje hacia la zona arqueológica de Uxmal, área donde era bien sabido que Ícaro tenía su laboratorio tecnológico.

La primera etapa del recorrido implicaba atravesar la gran fractura de Holbox, siempre inundada y con una gran cantidad de serpientes y cocodrilos que no facilitan el paso. Después, tendrían que avanzar por la zona de cientos de cenotes profundos y misteriosos.

Al salir de ahí, llegarían a la fortaleza de la región anillo de cenotes, un lugar muy cercano a la zona arqueológica de Uxmal. Ícaro hacía ahí todos sus experimentos tecnológicos relacionados con la obtención de energía con el agua.

Luna y Azul decidieron que rodearían la fractura de Holbox para evitar las serpientes y cocodrilos. Un presentimiento y los comentarios del investigador del CICY, quien les sugería una

alternativa para encontrar respuestas o nuevos sitios de exploración, las hizo decantarse por su corazonada, la cual las llevaría por la antigua ruta de las iglesias en dirección a Uxmal.

Enmarcada en una zona de cenotes, la nueva ruta permitía admirar iglesias que se mantenían erguidas y poseían conocimiento ancestral de los antiguos habitantes que plasmaron en sus entradas los acontecimientos trascendentales. Además, esos templos fungían como centros de reunión cuando el planeta azul estuvo en la penumbra total y solo existía la luz interior de la esperanza y la salvación.

Luna, con sus nuevas habilidades, y Azul, con un misterioso poder, tenían mayor seguridad y voluntad al emprender esta travesía.

Antes de partir tomaron lo necesario para su viaje y cargaron los microbots de análisis de vida microscópica. El recorrido duraría aproximadamente seis días, basándose en el cronograma de actividades que realizaron:

- Encontrar el cenote Sacalaca y la iglesia del pueblo. Ahí debían inspeccionar los registros.
- Visitar Kantemó para extraer sedimentos con los microbots y así, eclosionar especies del lugar.
- La última actividad sería acudir a la laguna de Chichancanab y colocar los microbots dentro de la columna de agua para transmitir en tiempo real la vida microscópica de la zona bentónica.

En este punto final, era indispensable encontrar la *Dissotrocha aculeata* (Rotifera: Bdelloidea), la especie más antigua y ancestral de la península de Yucatán. Fue vista por última vez en 2002 en el cenote Verde Lucero, en el territorio de Quintana Roo; un estudiante de la Unidad de Ciencias del Agua del CICY hizo el hallazgo.

De ahí, bastaban unos cuantos kilómetros más para llegar a Uxmal.

Ese era el plan, pero no sabían lo que les aguardaba en cada lugar.

Luna manejó el primer día, mientras que Azul era la encargada de elegir las canciones.

—En esta expedición escucharemos música clásica. Necesito equilibrar mi mente con un

poco de notas agradables; eso quiere decir que tu lista de canciones es extremadamente extrovertida —comentó Azul con una pícaro y bromista sonrisa.

—¡Vamos, Azul! ¡Ten piedad! Déjame escuchar un par de mis canciones. Siento que me dormiré con las tuyas —suplicó Luna.

—Así me dijiste el otro día y terminamos cantando tu lista durante todo el trayecto.

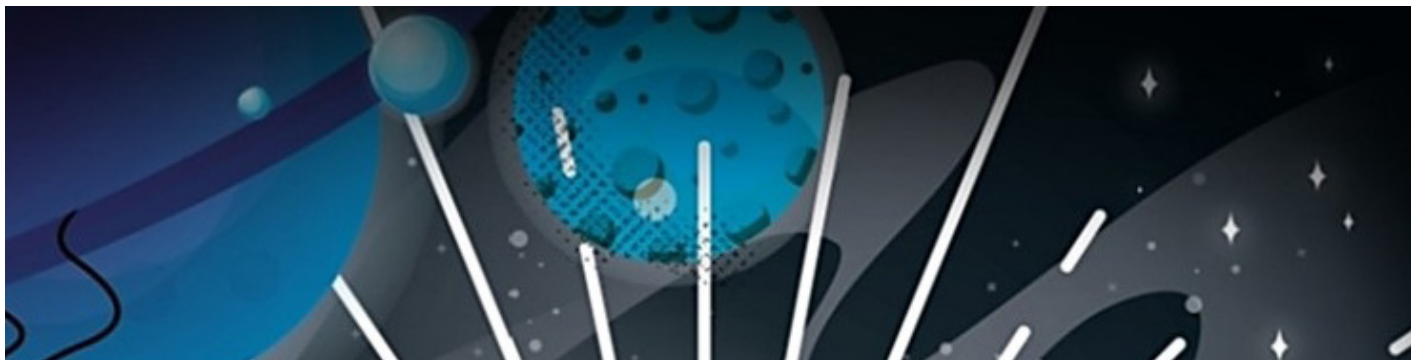
Luna se carcajeó y volvió a pedir clemencia.

—Azul, por favor. Necesitamos escuchar *Submarino amarillo*, es un clásico. Anda, déjame ser. Además, Los Escarabajos fueron muy buenos músicos, no por nada los consideramos como leyendas.

—Está bien —respondió Azul—. Ese grupo me gusta, pero al finalizar, escucharemos a mi amigo Beto.

Mientras se reía, Luna aceptó el trato.

Con la música a todo volumen y el camino por delante, todo se fue mezclando: la hojarasca, el viento, la brisa y la llovizna que refrescaba. Sus frentes y hombros se humedecieron y el sonido de sus voces, o más bien, sus gritos de euforia fuera de tono y con mucha alegría y libertad, alteraban el ecosistema selvático.



No sabían que, entre las ramas, una criatura mítica estaba al acecho. Era el guardián de la selva quien las seguía: el misterioso y antiguo búho.

El traslado a Sacalaca fue rápido y no presentó ningún inconveniente. Llegaron a la gran plaza y vieron la hermosa iglesia iluminada por los rayos del sol del mediodía, enmarcada con hermosas nubes blancas.

Ahí tenían que encontrar a don Paulino, encargado del lugar. Se estacionaron debajo de un circote y comieron un poco de los frutos. Azul tomó varias flores anaranjadas y adornó su cabellera con ellas. Luna guardó cuidadosamente tres o cuatro hojas, pues le gustaba la forma ecológica de lavar platos y sartenes con ellas. Después, se dirigieron a la entrada de la majestuosa iglesia; ahí ya las estaba esperando don Paulino.

—¡Hola! ¿Cómo se encuentra hoy, don Paulino? El investigador nos habló sobre usted y mencionó que nos podría decir dónde está la poza ancestral y las escrituras del origen de la especie ancestral — fue directamente al grano Luna.

—Estoy muy bien, muchas gracias por preguntar. Es un gusto conocerlas, jovencitas. Síganme, les mostraré dónde es —les pidió amablemente don Paulino.

Justo en el centro del altar de la iglesia se encontraban las escrituras de la especie ancestral; era posible admirar figuras hermosas hechas con fantásticos colores. Eran obras pictóricas que mostraban artísticas claves taxonómicas jamás ilustradas que, además, narraban el origen de las especies microscópicas.

Azul fue quien puso mayor atención a los textos. Un tanto distraída, Luna exploraba el interior del templo.

Don Paulino desapareció detrás del altar principal cuando el fuego de un cirio estaba por extinguirse; fue una brisa inesperada que se coló por las ventanas abiertas lo que adelantó el desenlace.

Sin pensarlo, Azul y Luna tomaron los pasajes y salieron de ahí sin siquiera reparar en despedirse de don Paulino.

Por lo que les había contado el investigador, sabían que Ariel había sido la primera en ver las claves ancestrales. Pero las dejó ahí, solo las utilizó para descifrar el origen de su especie.

Ahora ellas tenían las claves, las cuales serían fundamentales para cuando estuvieran a bordo del Laboratorio Interestelar y comenzaran su viaje por el *Universo Zooplanktástico*.

Antes de abandonar la zona de Sacalaca, pasaron al cenote ancestral para que los microbots extrajeran sedimento y quistes. La operación fue rápida. Decidieron que ese era un buen lugar para pasar la noche acampando; durante su estancia, observaron las luciérnagas que se confundían en el manto estelar con las estrellas.

En la oscuridad, un búho las acechó mientras dormían.

Con los primeros rayos del sol, abordaron el vehículo. La siguiente escala era Kantemó, y de ahí, hacia Chichancanab y Uxmal.

Al llegar a Kantemó entraron con el cuidado de no perturbar a las serpientes y murciélagos que habitan el lugar. Aparcaron el vehículo en el sitio planeado e introdujeron los microbots para ejecutar la extracción de quistes. Así tendrían tres muestras de especies, las cuales serían vitales para realizar el último experimento que planeaba el investigador de la Unidad de Ciencias del Agua.

Sin darse cuenta, invirtieron todo un día en esta maniobra. Azul estaba hipnotizada con las claves ancestrales; las leía y reflexionaba, trataba de entender todos los caracteres y los sistemas de dispersión que tenían. Era casi imposible. El conocimiento que tenía en sus manos era infinito; algo primitivo, pero al final, infinito.

Una duda rondaba por su mente: «¿cómo lo había descifrado Ariel?»

El nuevo día implicaba moverse hacia un destino diferente. Tomaron todo el equipo y marcaron la ruta de Kantemó hacia Chichancanab. Llegaron rápido y sin contratiempos, la distancia era relativamente corta. Descargaron lo necesario y prepararon todo para hacer la última recolecta. Después de eso, el objetivo era localizar a Ícaro.

Tras surcar la laguna con un kayak, llegaron a una zona ideal. Ahí, en el litoral, dejaron el vehículo acuático y descargaron lo más indispensable para la tercera fase de la misión. Mientras realizaban esta tarea, tomaron algunos momentos para comer un refrigerio y tumbarse en el suelo para ver el cielo.

Luna recordaba a sus padres y Azul, a su hermana menor. Sabían que, concluyendo su participación con el equipo de trabajo, volverían con ellos a sus hogares y les compartirían todas sus aventuras.

El atardecer llegó y el cielo se unificó con el color de las flores de ciricote que Azul había recolectado. Estaban terminando de guardar el equipo cuando de pronto, desde los ramales, se escuchó un sonido sospechoso.

Era un sigiloso búho que las vigilaba anticipadamente. Su instinto le decía que las atacara, que rasgara sus cuerpos y tras alcanzarlas, devorarlas.

Con gran habilidad y destreza, Luna cargó todo a la camioneta mientras el ave planeaba sobre ellas; Azul encendió el vehículo. El búho descendía rápidamente tratando de ser certero, pero las chicas, sin nada de temor, alcanzaron a introducirse a la camioneta. Estaban a salvo.

Se escuchó el rugir del motor; marcharon de ahí lo más pronto posible. El búho se fundió en la hojarasca. Era un espíritu de la selva, un protector... una criatura de la noche.

Un tanto desconcertadas y en silencio, Luna y Azul alcanzaron a soltar una risa de nervios al sentir alivio de estar lejos. Según recordaban, el investigador les contó que Ariel también se había encontrado con un búho en la selva durante su trabajo de campo, solo que, haciendo comparaciones, sería diez veces más grande y fuerte.

Aprovecharon viajar por la noche para llegar lo más pronto a Uxmal y reunirse con Ícaro para convencerlo de participar en el proyecto del Laboratorio Interestelar. Se preguntaban si aceptaría unirse fácilmente.

El encuentro se dio con mucha naturalidad.

Llegaron a una fortaleza que tenía una puerta antigua que se abrió como por arte de magia. Ícaro las esperaba en la entrada. Su creación era de otro universo, la tecnología imperaba en cada resquicio y todo estaba en armonía con la naturaleza. Era bien sabido que sus publicaciones y trabajos se centraban en la tecnología híbrida, las máquinas y los seres vivos; sin embargo, destacaba la aportación de la fuente de energía que hacía que funcionara todo lo que creaba. Así era como Ely, su hermana, viajaba en una nave interplanetaria por todo el universo.

Aplicando el mismo estilo que con don Paulino, Luna fue directa:

—Ícaro, necesitamos de tu ayuda para construir un Laboratorio Interestelar. También queremos saber si Ely aceptaría ser nuestra líder de exploración en la búsqueda de la especie ancestral.

—¡Por supuesto! —exclamó el joven inventor—. Cuéntenme, ¿qué tienen en mente y por qué necesitan un Laboratorio Interestelar? Y, por último, ¿a qué se refieren con especie ancestral?

Azul fue la encargada de darle los detalles de la misión. Luna comenzó a fisgonear todo lo que había alrededor.

—Me encantan los retos. ¡Hagámoslo! —dijo Ícaro—. Habrá que mandarle lo más pronto posible un mensaje a Ely. Tardará un poco en responder, tengo entendido que está en la galaxia M31 explorando un agujero de gusano que recientemente descubrió y del cual tenía la intriga de conocer a dónde se conectaba.

Tras preparar todo para el viaje, partieron a su destino. Así comenzaría la construcción del Laboratorio Interestelar para salvar la vida microscópica en el *Universo Zooplanktástico*.



El algoritmo de hibridación

Luna y Azul retornaron al laboratorio de la Unidad de Ciencias del Agua del CICY para entregarle al investigador los viales de los sitios ancestrales que visitaron mientras se dirigían al laboratorio tecnológico de Ícaro. Precisamente sobre él tenían excelentes noticias: había aceptado unirse al grupo de investigación para construir el Laboratorio Interestelar.

Poco a poco iban preparando y desarrollando experimentos; uno de los primeros fue la eclosión de quistes en el reactor de cultivo, a cargo de Luna y Azul. Esto demoró un par de semanas, pues las condiciones de eclosión de cada especie varían; a pesar de que cada una cuenta con un patrón, en este caso, las aportaciones científicas que Miguel y José habían realizado en el pasado, fueron significativas, sobre todo, en los cambios de temperatura, humedad, conductividad y pH (acidez) de los quistes. Sus experimentos fueron sobresalientes y todo el conocimiento y la programación de los reactores de eclosión de quistes se concretaron gracias a su dedicación, esfuerzo y pasión.

—Están listos los primeros especímenes, doctor. ¿Qué haremos primero? —cuestionó Luna al investigador, mientras Azul trataba de descifrar las claves taxonómicas pictóricas y dicotómicas de la especie ancestral encontradas en la ruta de las iglesias.

—Vamos a dejarlos crecer un poco y después comenzaremos con los experimentos —instruyó el científico.

Luna asintió con un movimiento de cabeza.

Azul estaba un poco distraída en el laboratorio; a veces no entendía por qué debía de seguir en el proyecto. Se preguntaba miles de cosas que solo incrustaban incertidumbre en sus pensamientos... su esperanza se iba con la lógica. No estaba de acuerdo con las acciones de la sociedad, de la contaminación de los sistemas acuáticos que destruyen toda la vida microscópica, un mundo imperceptible para la mayoría, pero de gran importancia para el universo. Sin embargo, toda esa ráfaga de dudas y cuestionamientos se

fueron convirtiendo en la inspiración que necesitaba para resolver las claves taxonómicas y contribuir a la salvación de la vida en el universo, al reinicio evolutivo... a un nuevo comienzo.

Tal vez ella no estaría para observarlo, pero sin lugar a dudas las nuevas generaciones tendrían la oportunidad de continuar y mejorar todo aquello que era propicio y benéfico para la humanidad.

La idea de tener un laboratorio que contuviera la diversidad biológica ancestral para reiniciar la vida, era la idea más genial concebida hasta ese momento en el *Universo Zooplanktástico*.

Por ese motivo estaban ahí entregando su vida, tiempo, pasión y conocimiento.

—Azul, despierta. ¿Dónde estás? —le dijo Luna—. Anda, tenemos que continuar, no es hora de descansar.

—Luna, siempre haces lo mismo. Me despiertas en el clímax de mis ideas —le recriminó a su compañera en tono irónico.

Luna soltó una risa que retumbó en todas las paredes del laboratorio. El investigador, que se hallaba a unos cuantos metros y escuchó el diálogo, dejó escapar una carcajada; esa expresión de felicidad permeó en los demás y se unieron con más risas. Ahí reinaba la euforia, la pasión por los descubrimientos, o tal vez era la humanidad de cada uno, la esperanza del universo y la vida en el tiempo y el espacio.

Un día más. Poco a poco el laboratorio iba cobrando vida; todos vivían ahí para terminar lo más pronto posible el algoritmo de hibridación que almacenaría la información de todas las especies.

No se cansaban de hacer el bien porque a su debido tiempo cosecharían el fruto del no darse por vencidos. La vida microscópica estaba llegando a su fin por dos catástrofes: la calidad del agua estaba trasmutada, tergiversada y sucia debido a la contaminación, y por la reducción de los sitios de captación de ella. La sobreexplotación de los recursos avasalló con todos los nichos acuáticos; nadie podía detener el fin del *Universo Zooplanktástico*.



Solo existía una esperanza: comenzar en otro lugar y mejorar las cosas. La pérdida de especies fantásticas resultaba inevitable.

En el laboratorio se realizaban los experimentos finales de hibridación de especies; usaban tecnología de inyección intracitoplasmática. La idea, haciendo justicia a como se lee, tiene cierto grado de complejidad. Consiste en introducir gametos de especies para lograr producir híbridos con la finalidad de salvaguardar la información genética de la vida microscópica; es decir, respaldar todas esas increíbles habilidades de supervivencia al estrés ambiental.

Lamentablemente no todas las especies podían aceptar o sobrevivir a la inyección intracitoplasmática de gametos. El reto era muy difícil; años de investigación sobre los ciclos reproductivos, los comportamientos biológicos, la dispersión de especies y las adaptaciones al medioambiente habían sido integrados a los algoritmos de hibridación que predecían el éxito de la hibridación entre especies.

Las especies con lorica suave eran las ideales para la inyección, mientras que las de lorica dura lo complicaban. Además, se notaba que no sobrevivirían después del procedimiento.

Una vez inyectadas, con todo el material genético dentro de sus cuerpos, la etapa final consistía en sobrevivir y producir un huevo de resistencia o quiste que fuera factible almacenar y de inocular en otros sistemas acuáticos.

Gracias al algoritmo de hibridación sabrían cuáles eran las especies que sí lograrían almacenar en los quistes la diversidad de otras. También cuándo eclosionarían los huevos de resistencia en el reactor especial. Se producirían cientos de microorganismos que serían trasladados a su nuevo hogar; solo el tiempo y el espacio los ayudaría a seguir su rumbo.

Ya fuera por divergencia, adaptación y reproducción, las especies comenzarían de nuevo y la vida microscópica estaría a salvo. Aunque, si la humanidad contamina una vez más el agua, el gran esfuerzo resultaría en vano y la vida estaría condenada nuevamente a desaparecer.

El trabajo del grupo de investigación no solo consistía en producir los quistes, eclosionarlos, cultivarlos y llevarlos a los sistemas acuáticos, una tarea vital era concientizar a cada uno de los integrantes de la sociedad, divulgar la importancia del cuidado del agua y la conservación de la vida microscópica, el eslabón más importante en la cadena de la vida del *Universo Zooplanktástico*.



Cuando desde lo más alto del cielo se escuchó la salida del Laboratorio Interestelar del planeta azul, el investigador desde su oficina despedía al valiente grupo de trabajo. Él permanecería ahí, su trabajo había culminado: formar a profesionales que comenzarían las *Aventuras Zooplanktásticas* y que salvarían la vida microscópica en el cosmos.

Fue maravilloso ver cómo ese magnífico laboratorio se alzaba por los cielos gracias a la propulsión de sus cohetes. Allí iba toda la vida microscópica concentrada en viales, en quistes que pronto serían las semillas del reinicio de la vida microscópica en otros universos; bajo condiciones adecuadas surgiría de nuevo.

Ahora los jóvenes exploradores debían buscar otros planetas y otros sistemas acuáticos en el cosmos. También debían hallar la especie ancestral para concluir así su trabajo y ponderar la recuperación de la vida microscópica.

Mientras se alejaba más el complejo espacial, el investigador recordaba cómo se inspiró

para diseñar el plan que cambiaría las cosas. Nació simplemente al observar unos pequeños microorganismos nadando en una gota de agua. Ahí estaban, confinados en un microcosmos.

La satisfacción de contemplar algo tan increíble le cambió la percepción de la vida, incluso la suya. Esa filosofía es la esencia del *Universo Zooplanktástico*. Esos jóvenes que partían, tenían el poder de lograr grandes hazañas, de modificar la historia evolutiva del universo.

Ícaro sugirió que la primera escala tendría que contemplar ir por Ely, su hermana. Así que la ruta fue trazada para completar el equipo e iniciar la exploración final.

Al llegar al planeta donde vivía Ely, todos quedaron maravillados. Era hermoso, con tonalidades de azul y verde esmeralda. Decidieron que sería mejor descender en el transbordador para conversar con ella; el laboratorio se quedó orbitando el satélite.

Ícaro y Azul fueron los encargados de encon-

trarse con Ely, quien los recibió con gran entusiasmo pues ya estaba lista para la aventura. Peligroso como el primer viaje galáctico, Ícaro, con años de estudios y experimentos, había estructurado el Laboratorio Interestelar para aminorar el problema que tenía su hermana con la radiación. Así no habría ningún inconveniente durante la travesía.

Los tres retornaron al Laboratorio Interestelar para reiniciar la ruta de viaje que se basaba en los datos recabados por Ariel.

Azul, Luna, Rodolfo, Ariel, Ícaro, Ely, la «chica policía» y el detective «cabeza de muñeco»; todos estaban a bordo para comenzar las *Aventuras Zooplanktásticas* por el universo.

¿Cómo inició la catástrofe de la vida microscópica?

Era el año 2015 en el planeta azul. En ciertas áreas de sus sistemas acuáticos se detectó la desaparición silenciosa de poblaciones enteras de microorganismos. Ese problema, de gran magnitud, tendría consecuencias graves en los

ecosistemas y los efectos serían irreversibles. Se les denominó como «zonas muertas».

En total, ese año se contabilizaron alrededor de 400 sitios como lecho marino, litorales o zonas bentónicas, repletos de cadáveres de crustáceos, moluscos, peces y de microorganismos acuáticos que son clave para la transferencia de energía. Sin duda era un desastre ambiental con repercusiones globales a gran escala.

La extensión dañada era de más de 200 km² y continuaría creciendo.

Todo era culpa de las toneladas de sedimentos, contaminantes que eran arrojados a los sistemas acuáticos. A pesar de aplicar múltiples estrategias y soluciones, estas fueron en vano; solo la vida misma sería capaz de recuperar su cauce. Desafortunadamente, a pesar de haber tomado decisiones posiblemente efectivas, era demasiado tarde. El planeta azul estaba condenado y los estragos se manifestaron en lo económico y social; era escaso encontrar vida microscópica.



Los encargados de trazar la ruta fueron Rodolfo, Ariel, Ely e Ícaro.

Muy emocionados discutieron en la *Mesa Zooplanktástica* (denominación que acordó mutuamente la tripulación) las variables que podrían controlar y las que no, así como los análisis que efectuarían conforme fueran avanzando y las predicciones de escenarios en puerta.

Ely contribuyó con todo el conocimiento que tenía del universo, gracias a su travesía con Ícaro. Por su parte, Rodolfo y Ariel tenían amplias nociones al ser exploradores e investigadores espaciales.

En torno a esa mesa se escucharon diferentes composiciones de murmullos, risas y exaltaciones que eran disfrutadas mayormente por el detective «cabeza de muñeco», quien observaba cada detalle de la planificación. Él no sospechaba que su labor sería determinante, pues su habilidad espectral le permitiría explorar, junto con la «chica policía», a detalle y con rapidez cada planeta.

Sobre este punto, el grupo de especialistas en exploración espacial acordó que debían visitar nueve planetas habitables donde surgió la especie ancestral.

Estos serían:

- Kepler-62e. Planeta con cielos nublados y atmósfera cálida.
- Kepler-62f. Un mundo de agua.
- Kepler-186f. Contiene agua líquida, pero muy fría.
- KOI 7711.01. Con un cálido sol, bastante parecido a la Tierra.

- Kepler-22b. Bastante grande y poseía una temperatura confortable.
- Gliese 581 g. Ubicado a 20 años luz de distancia, similar al planeta azul. Era perfecto para Ely, ya que tenía un lado oscuro.
- Ross 128 b. Situado a 11 años luz de distancia del planeta azul. Similar a este, con grandes y hermosas nubes.
- Próxima b. Con temperaturas similares a las del planeta azul, estaba a 4 años luz de distancia. Sin embargo, recibe mucha radiación solar.
- TRAPPIST-1e. Forma parte del sistema TRAPPIST. Es muy rocoso, pero con agua y hermosas vistas de sus seis satélites que orbitan a su alrededor.

Una de las ventajas de la ruta trazada era que todos los planetas tenían agua y condiciones idóneas para la vida microscópica, como la especie ancestral.

En cada una de las escalas realizarían la exploración de los sistemas acuáticos, recolección de muestras, utilizarían las claves taxonómicas ancestrales para identificar y cultivar las especies; asimismo, preservarían toda la información, producirían huevos de resistencia y los almacenarían. Todo, en el Laboratorio Interestelar.

El objetivo era obtener especies fantásticas de otros planetas y universos. Después retornarían con toda la información e inocularían planetas que tuvieran problemas de extinción de especies.

Las mayores amenazas de esta misión eran el tiempo y el espacio.

Sin importar si empleaban los agujeros de gusano y las cámaras de hibernación, los viajes serían muy distantes. Tener todo lo esencial para realizar sus tareas en el laboratorio, sería fundamental para alcanzar el éxito; a esto se sumaría la posibilidad de reabastecerse en cada planeta, que como es de esperarse, tendrá sus peligros ocultos por afrontar.

La «chica policía» observaba el universo. A su lado, invisible para todos, el detective «cabeza de muñeco».

Ambos se preguntaban cómo es que habían llegado a esa misión. Tiempo atrás solo eran agentes deductivos, héroes de la sociedad que resolvían misterios. Precisamente, la desaparición de la vida acuática era, sin duda, uno de los casos más importantes en el que participarían.

A través de un ventanal observaban lo bella que era la Tierra y comprendían la insignificancia que podría llegar a significar conforme se iban alejando de ella. Comprendieron la importancia de la vida al percibir diferentes enfoques de la realidad; estaban conociendo la totalidad de lo magnánimo e indescriptible.

La «chica policía» tomó el llavero y lo colocó sobre su corazón. El detective «cabeza de muñeco» sintió y escuchó el palpitar. Ahí en el espacio, vivía esa conexión indefinida.

Ella sabía que él la observaba. También que podría despedirse si lo sumergía en agua, pero no lo hizo. La cámara de hibernación le esperaba.

El omitir esa acción fue un gesto de amor confidente, una manifestación del espacio vital. Prefirió conservar ese momento, pues le pareció romántico, bello y único.

Tras unos cuantos pensamientos, se dirigió a la cámara designada.

A partir de que el reloj marcara cero, el detective «cabeza de muñeco» continuaría el viaje en soledad por muchos años.

El último sonido que conservaría en su memoria sería el del latir del corazón de la «chica policía». Ese recuerdo se convertía en la esperanza latente dentro de la soledad cósmica.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Cero.



Vagando por el universo

El detective «cabeza de muñeco» no sabía si soportaría la inmensa soledad que le deparaba, aquella que aceptó sin chistar. Sería testigo fiel de una travesía oscura, silenciosa. Solo estaría acompañado de la sinfonía compuesta por los ruidos de la nave espacial; eso sería su única distracción.

En la penumbra, deseaba dormir, tener un cuerpo que envejeciera... anhelaba renacer. La eternidad no era adecuada ante esa encrucijada de la soledad.

Su destino era inevitable.



La «chica policía», al cerrar la cámara de hibernación, suspiró. Sabía que abandonaría por bastantes años al detective «cabeza de muñeco».

Una lágrima se le escapó de lo más profundo de su ser, sus ojos no pudieron evitar demostrar la



fragilidad y esa gota flotó ante la falta de gravedad; su destino, aunque no lo puedan creer, fue el llavero que abrazaba contra su pecho.

Antes de cerrar los ojos y caer en el sueño espacial, ese sentimiento líquido que dejó escapar le permitió ver una última vez al detective.

Un breve intercambio de sonrisas.

Tan breve como el origen del universo.

Ese lazo que los unía los mantendría conectados a pesar del tiempo y del espacio.

Continuará...



ISBN: 978-607-7823-47-6



9 786077 823476